La

Dama del rey.

Gomez

6

LA DAMA DEL REY

LA

DAMA DEL REY

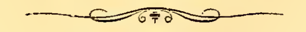
DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

D. VALENTIN GOMEZ

Estrenado con gran éxito en el teatro ESPAÑOL, á beneficio de doña Concepcion Marin, la noche del 16 de Abril de 1877.



MADRID
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL
calle de la Bola, núm. 8

1877

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARGARITA FERNANDEZ DE IXAR (ó HIJAR)..........	SRTA. BOLDUN.
DOÑA MARÍA DE CASTILLA, reina de Aragon...............	SRA. MARIN.
D. JUAN JIMENEZ DE URREA...	SR. CEPILLO.
D. ALONSO V, rey de Aragon...	CALVO (D. M.)
MOSEN BORRA, caballero y bufon del Rey.................	FERNANDEZ (D. M.)
FERNAN, capitan de ballesteros.........................	VICO (D. M.)
EL CONDESTABLE.............	BENAVIDES.
CARACCIOLO, enviado secreto de Nápoles..................	LUNA.
EL CONDE DE FUENTIDUEÑA, embajador de Castilla.......	MORENO.
UN MONJE..................	»
UN NOBLE..................	»
UN PAJE...................	»
UN TROVADOR...............	»
UN PINTOR DE CRISTALES.....	»

Trovadores, juglares, ballesteros, ricos-homes, damas, caballeros, etc.

La escena en Zaragoza, á principios del siglo XV.

NOTA. Derecha é izquierda, entiéndase del actor.

ACTO PRIMERO

Gran salon régio en la Aljafería de Zaragoza, con rompimiento de columnas al foro. Galerías á entrambos lados. A la izquierda, en primer término, un suntuoso dosel régio con dos sillones de la época, que ostentan las armas de Aragon. Delante del dosel, pero un poco hácia el centro de la escena, hay otro sillon. A la derecha, en segundo término, una mesa con taburete. El segundo cuerpo del salon, que es el fondo, forma una espaciosa galería, á la cual se sube por una escalinata de pocos peldaños. En el momento de levantarse el telon aparece un cuadro brillante y animadísimo, propio de la córte del Sábio rey don Alfonso. El Rey, sentado en el sillon de la izquierda, hojea las obras de Santillana que acaba de presentarle el embajador de Castilla. Un monje está copiando un códice en la mesa del segundo término derecha: un escultor está dando la última mano á una estátua recien colocada en un lado de la galería: un pintor trabaja en los cristales de colores de una de las ventanas, etc., etc. *Mosen Borra va de una á otra parte, como inspeccionando.*

ESCENA PRIMERA.

EL REY.—EL CONDE DE FUENTIDUEÑA.—CARACCIOLO.—MOSEN BORRA.—UN MONJE.—UN PINTOR.

REY. (A Fuentidueña.)
El rey don Juan de Castilla
No pudo, en verdad, mandarme,
Ni embajador más discreto,
Ni más sabroso mensaje.
Son, buen conde, estos escritos,
De gracia y dulzor raudales,
Del marqués de Santillana
La gloria más envidiable.

CONDE. Señor, el Rey castellano,
De las letras y las artes
Protector, de vos, su espejo,
Es perfectísima imágen.

REY. ¡Oh! Santillanas y Menas
No brotan en todas partes.

CONDE. Pero el saber de los Reyes
Astro es de muchas edades.
(Con intencion.) ¡Si otros príncipes, señor,
No turbáran nuestras paces...!

REY. Si don Alvaro de Luna
Su soberbia moderase...
Duéleme que haya disturbios,
Por causa de los infantes,
En Castilla ; mas ¿no es mengua
De una corona tan grande,
Tan gloriosa, que á los piés
De un favorito se arrastre?

CONDE. Tiénele el Rey en estima
Por animoso y por hábil
Para el gobierno...

REY. No importa.
Jamás al pueblo le place
Otro yugo que el del Rey,
Porque al fin yugo es de padre
Al Rey incumbe el gobierno,
Y no puede abandonarle
Sin propia afrenta : el piloto
¿Puede abandonar su nave?

BORRA. (Al monje que copia el códice.)
Seor copista, ¿no estais harto
De Tulios y Juvenales?
Con tanto latin añejo,
¿Pensais meteros en carnes?
Si fuera que vos, yo os juro
Que entrarian á la parte
Lo rancio de Cariñena
Con lo magro de Longares.

MONJE. Pues no sois del mismo gusto
que el Rey.

BORRA. ¿Por lo antiguo? ¡Tate!
Gústame mucho lo fresco...
No en latin, pero en romance.

REY. (A Caracciolo, despues de haberse retirado el Conde.)
¿Vos juzgais que tengo allí
Número tal de leales,
Que fuera empresa segura
Para siempre apoderarme
De aquel reino?
CARAC. Yo os afirmo
Que por vos suspira Nápoles.
Nobleza y pueblo, señor,
Que el rey de Aragon los salve
Con ánsia esperan.
REY. Y esperan
Con harta razon.
BORRA. (Al Pintor.) ¡Que arcángel
Tan rollizo estais pintando,
Mi buen maese Corrales!
¿Qué representa?
PINTOR. La Gloria.
BORRA. ¡La Gloria con tanta carne!
Perdonad: yo pensé que era
La Gloria hermana del hambre.
CARAC. (Al Rey.) El obstáculo, señor,
Hasta cierto punto es grave.
REY. ¿Cuál es?
CARAC. Que no teneis hijos,
Ni siquiera naturales,
A quien dejar la corona
De aquel reino.
REY. ¿Y los infantes?
CARAC. Sucesion tampoco tienen,
Como Vuestra Alteza sabe.
REY. ¿Y mi hermano el de Navarra?
CARAC. ¿El rey don Juan? Su carácter
Es allí poco estimado;
Y, además, vuestros parciales
Quieren ser independientes
Cuando Vuestra Alteza falte.
Y el rey don Juan lo sería
De Aragon, Navarra y Nápoles,
Preponderancia que fuera
Causa de nuevos desastres.
REY. (Sonriendo.) Confío en Dios que este punto

Llegará al fin á arreglarse.

CARAC. Para tratarlo es posible
Que nuevos pliegos nos mande
El príncipe de Tarento;
Así lo indica, y añade
Que de esto no más depende
El triunfo de nuestros planes;
Y en caso de que naciera
Hijo vuestro, que se guarde
El secreto importa, dice,
Por temor á las maldades
De aquella Reina...

REY. Que há poco
Intentó ya envenenarme. (Se levanta.)

MONJE. (Levantándose tambien y recogiendo sus pergaminos y papeles.)
Dí fin á la copia.

REY. (Llamando.) ¡Borra!

BORRA. ¿Es á mí, señor, ó al fraile
Que en copias de latin viejo
Malgasta sus mocedades?

REY. A vos, Mosen Borra, digo,
Caballero del donaire,
Bello ornato de mi córte...

BORRA. Cornisa de estos pilares,
Cuadro del salon del gusto,
Casi estátua, casi jaspe,
Borra sin par, borra-nécios,
Borrador de humores ácres...
¿No soy todo esto, señor?

REY. Y aún más.—Sabeis que esta tarde,
Por tan nobles caballeros
(Indicando al Conde y Caracciolo.)
Tendremos juegos florales.

BORRA. Aviso dí á trovadores,
Y músicos y danzantes,
Y todo está ya dispuesto
Para la fiesta.

CONDE. ¡Qué grande
Es la gloria de un Rey sábio,
Que asi vence en los combates
Del ingenio, como humilla
En el campo á sus rivales!

REY. (Al Conde.) ¿Vísteis á la Reina!
CONDE. Aún no.
Si tal ventura otorgarme
Os servís...
CARAC. Lo mismo os pido.
REY. Id, pues.
CONDE. Los cielos os guarden. (Vanse.)
(El Monje y los artistas han ido marchándose tambien sucesivamente.)

ESCENA II.

EL REY.—MOSEN BORRA.

BORRA. (Mirando á todas partes.)
Solos.
REY. ¿La viste?
BORRA. Y la hablé.
REY. Dicha que no logro yo.
BORRA. Y este pliego me entregó,
Respuesta del que llevé. (Dále un pliego.)
REY. Dame. (Leyendo.) «Señor muy amado:
Vuestras letras recibí,
Y llorando las leí
De nuestro príncipe al lado.
Aunque os amo, el alma mia
Vuestro pliego desgarraba...
Pero miéntras yo lloraba
El pobre ángel sonreia...»
—¡Hijo del alma!—«Es muy justo
Que anheleis ver su hermosura;
Mas ¡ay! que un gusto procura
Largos dias de disgusto.
Iré, pues que dama soy
De la Reina, y en vos fio,
Pensando en que ya, Rey mio,
La amante ayer, madre es hoy.
Me asaltan vagos temores,
Y me anuncian mis desvelos
Que es el mónstruo de los celos
La sombra de estos amores.
Mas mi voluntad rendida

A la vuestra en todo cede:
Quien os dió el alma, bien puede
Daros su sangre y su vida.»
(Declamado.)
—¡Viene al fin! De sus enojos
Las nubes disiparé,
Y nuevo amor beberé
En el cristal de sus ojos;
Dicha que fuera menguada
Si no adorase extasiado
Del hijo que ella me ha dado
La sonrisa y la mirada.
¿Que le has visto, Borra? Dí.

BORRA. ¿Pues no?

REY. ¿Y es hermoso?

BORRA. ¡Bah!

REY. ¿Como su madre?

BORRA. Quizá.

REY. Pero ¿tiene algo de mi?
En su frente angelical
O en su cándida sonrisa,
Dí, Borra, ¿no se divisa
Algo de la sangre real?

BORRA. Fuera hablaros en razon
Decir que el pobre angelito
Se pasa el dia en un grito
Como otro cualquier lloron.
Que está su madre en un brete
Cuando lo viste y lo faja;
Que tiene media tinaja
De sebo en cada moflete;
Que boca y nariz enteras
Se esconden en tales conchas,
Y muestra abultadas ronchas
En entrambas posaderas...

REY. ¡Por Dios...!

BORRA. Que en punto á mirar,
Hace lo que hizo su padre:
No mirar más que á su madre
Cuando le da de mamar.

REY. ¡Calla!

BORRA. Esto decir debiera,
Porque así la verdad es;

Pero hay que poner los piés
Donde está la cabecera;
Y os digo ¡oh Rey sin igual!
Que el niño, como la aurora.
Aljófar y perlas llora,
Y rie nieve y coral.
Que de su frente en la traza
Forman suaves armonías
La inocencia de sus dias,
La majestad de su raza;
Que sus ojos son estrellas
De un cielo sin nube alguna,
Estrellas de la fortuna,
Que se está mirando en ellas.
Y juzgando por la ley
Del vuestro y de su conjunto,
Quien le mira exclama al punto:
«¡Este es el hijo de un Rey!»

REY. ¡Bien haya quien tal habló!

BORRA. Si cargué el cuadro de tintas...!

REY. No, que tal como le pintas
Así le concibo yo.
Dios perdone el extravío
De este amor que me enajena:
Mas ¡si tengo el alma llena
Del ánsia de un hijo mio!
A un árbol sin fruto asida
La hiedra un tiempo vivió;
Pero al fin se desprendió
Y á otro árbol unió su vida.

BORRA. Y el nuevo árbol fértil brota.

REY. Da dulces frutos de amor.

BORRA. ¡Quiera Dios que á lo mejor
No suelte el árbol bellota!

REY. (Con benignidad.)
¡Burlas aún!

BORRA. Son las postreras.
Porque me da en la nariz
Que este amoroso desliz
Va á hacer de las burlas veras

REY. ¡Antojos!

BORRA. Amor es ciego.

REY. Por el suyo ciego estoy:

¡Que ella venga!

BORRA. Vendrá hoy.

REY. ¿Y veré al príncipe luégo?

BORRA. Le vereis. Cerca de aquí,
En casa de un servidor
Leal estará mejor
Que en palacio. Ireis allí
Cuando llegue, y al recato
De miradas indiscretas
Podreis dar mil zapatetas
Como padre mentecato.

REY. ¡Silencio! Llegando van
Las gentes...
(Llegan trovadores, entre ellos D. Juan, juglares y músicos por el fondo, que se colocan en sus sitios, miéntras la Reina, el Conde, Caracciolo, Fernan, caballeros, damas, infanzones, ballesteros y acompañamiento de la córte vienen por la derecha.)

BORRA. ¡Brava funcion!

ESCENA III.

DICHOS.—LA REINA.—CARACCIOLO.—EL CONDE DE FUENTIDUEÑA.—D. JUAN.—FERNAN y demás personas que se indican en la nota anterior.

REINA. (Aparte al ver al Rey.)
¡Siempre á su lado el bufon!

REY. (A la Reina, á quien el Conde acompaña.)
De vuestro hermano don Juan
De Castilla al fin teneis
Nuevas felices...

REINA. ¡Pluguiera
A los cielos que así fuera!
Mas no hay tal, y vos sabeis
La razon.

REY. No es maravilla
Saberla, Reina y señora.
Por ventura ¿alguien ignora
Lo que sucede en Castilla?

REINA. Sucede que es extremada
De mi hermano la bondad,

Y hay quien vende lealtad
Alzando contra él la espada.

REY. Vos lo haríais de otra suerte...

REINA. ¡Yo! Plebeyos ó señores,
Yo aplastára á los traidores,
O ellos me dieran la muerte.

REY. (Acercándose á ella con afecto.)
Conozco vuestro valor
Y lo estimo, esposa mia.

REINA. ¡Mi valor! (Con apasionamiento.)
¡Cuánto daría
Por que estimáseis mi amor!

REY. (Desentendiéndose, pero ofreciéndole la mano para subir al dosel.)
Vamos.

BORRA. (Que ha estado dirigiendo los preparativos de la fiesta y hablando con unos y con otros.)
A empezar, señores.
Ocupad vuestros lugares.
Que comiencen los juglares
Y sigan los trovadores.

(Colócanse todos en sus sitios, y dan principio los juegos con música y danza propias de la época, y con toda la exactitud y magnificencia posibles. Terminado el baile, sepáranse á un lado los juglares, y de entre los trovadores va á salir uno; pero D. Juan, tambien de trovador, se interpone.)

D. JUAN (Al Trovador que vá á salir.)
Perdonad, soy yo primero.

TROV. (Mirando la pobreza de su traje.)
Mal trecho estais, trovador.

D. JUAN Son la virtud y el honor
Las galas de un caballero.

(D. Juan baja casi al centro de la escena con el laud, y todos fijan en él su atencion.)

Rey de Aragon y Sicilia,
El mejor de tu linaje,
De un trovador de infortunios
Escucha el triste romance.

(El Rey le mira con detenimiento, como si quisiera conocerle; otros caballeros de la córte hacen lo mismo, y hablan entre sí por lo bajo.)

BORRA. (A Fernan.)
¡Pardiez! que este trovador
No sé yo de dónde sale.
Fernan, ¿le conoces?

FERN. No.
Le ví entrar con los juglares
El último, y no hice alto
Ni en lo roto de su traje.

D. JUAN Hijastro de la fortuna,
Aunque hijo de buenos padres,
Trovador y caballero,
Soy cisne de mis pesares.
Esclavo de una hermosura
Que fué, del Ebro en la márgen,
Aurora para mis ojos,
Para mis deseos tarde,
Rompí lanzas, hendí yelmos,
Regué el suelo con mi sangre,
E hice al fin de mis amores
Trofeo de mis combates.
Reveses del hado adverso
Dejáronme sin lugares,
Sin villas y sin hacienda,
Mas no sin fiero coraje.
Sonó el clarin de la guerra:
Era fuerza separarse;
Y una noche, al ténue brillo
De las luces celestiales,
Yo con el alma deshecha,
Mi dama llorando á mares,
Eterna fé nos juramos,
De Dios Cristo ante la imágen.
Antes que riese el alba
Ricas perlas orientales,
Ya marchaba el caballero
A buscar nuevos combates
Que á su Rey diesen más tierra
Y á su dama honor más grande.
Ciñó el Rey su noble frente
De laureles inmortales;
Yo ceñí el alma de penas,
Del amor inseparables,
Pues á quien ausencias llora,

Ya no hay pena que le falte.
Si combatí como bueno,
Dígalo la hermosa Nápoles;
Si fué tirana mi suerte,
No lo dirá mi romance,
Que no hay lenguas con que puedan
Mis desventuras contarse.
Pasó el tiempo, y cuando al cabo
Volvia á los pátrios lares,
Corsarios de Berbería
Cayeron sobre mi nave:
Mas el cielo que así prueba
De mi amor la fé constante,
Pues la vida me ha dejado,
Para algo quiere guardarme.
Rompí el cautiverio, puse
Mi salvacion en los mares,
Y Dios me volvió á mi pátria,
Donde quiere que relate
Pobrezas del caballero
Y constancias del amante.
(Hace una breve pausa, y dirigiéndose al Rey pone la rodilla en tierra, y dice:)
Hoy ya, gran señor, que sea
Bendita mi suerte, pues
Al fin está á vuestros piés
Don Juan Jimenez de Urrea.

REY. (Levantándolo hácia sus brazos.)
Don Juan, alzad.

D. JUAN ¡Oh, Señor!

REY. No ha de estar rodilla en tierra
Quien da su sangre en la guerra
Por su Rey y por su amor.
Ya lo recuerdo; yo os ví
Ser leon en la batalla;
Pero quien merece y calla
No es premiado... ni áun de mí.

D. JUAN ¡Siempre magnánimo! Ya
Me premiais tanto este dia,
Que no sé si el alma mia
Sufrir tal dicha podrá!
Ved que estoy acostumbrado
Al dejo de la amargura,

Y la imprevista ventura
No hace bien á un desdichado.
(Aparte al Rey.)
Mas que perdoneis os ruego
Si algo en mi trova añadí.
Diez dias há que salí
De Italia con este pliego. (Dale un pliego.)

REY. (Aparte á D. Juan.) ¿Del Príncipe?

D. JUAN. El lo confió
A mi lealtad.

REY. ¿Y sabeis?

D. JUAN Sé que aquel trono perdeis
Porque Dios no os concedió
De ser padre la fortuna.

REY. ¿Y dudais de la victoria?
¿Cuándo el astro de mi gloria
Oscureció nube alguna?
(Alto.) Como oscuro trovador
Llegásteis, buen caballero;
Pues yo os declaro el primero,
Y el más hábil y el mejor.
—Ciérrense los juegos.

BORRA. (A los trovadores y juglares.) ¡Ea!
Se acabó.

UN TROV. ¡Pues tiene lances!

BORRA. ¡Si supiérais los romances
Que sabe Don Juan de Urrea!
(Vánse lentamente los trovadores, juglares, músicos y demás acompañamiento de los juegos.)

REY. No es el porte que llevais
Digno de vos.

D. JUAN No envilece
La humildad.

REY. Pero oscurece
El valor. Aquí os quedais.
Por mi pasado desden
Yo os debo reparacion,
Que es el premio el aguijon
De la constancia en el bien.

D. JUAN De nuevo, señor, dejad
Que á vuestros piés...

REY. A mis brazos.

D. JUAN ¡Qué fuertes son estos lazos
Que poneis á mi lealtad!

REY. Así mi conciencia aquieto,
Pues olvidé injustamente
A un caballero valiente,
Enamorado y discreto.
Venid, pues.

REINA. (Al pasar junto á Borra le dice aparte:)
Tengo que hablar
Con vos.—Esperadme aquí.

BORRA. Soy vuestro esclavo. (Aparte.) ¡Ay de mí!
Temo que empiece á tronar.
(Vánse todos, ménos Mosen Borra y Fernan.)

ESCENA IV.

MOSEN BORRA.—FERNAN.

BORRA. (Deteniéndole al marchar.)
¡Fernan!

FERN. Mandadme.

BORRA. Un momento.

FERN. Vuestro soy.

BORRA. Eso quisiera.

FERN. Decid.

BORRA. Como fiel te estimo.

FERN. Si pensais ponerme á prueba,
Dejad que los hechos hablen
Y no atormenteis la lengua.

BORRA. No es un asunto de Estado
Lo que imagino.

FERN. Pues sea
Lo que fuere, á vos me ofrezco.

BORRA. Todo ello es una futesa.
Hé menester una casa,
Que esté del alcázar cerca,
Donde en profundo secreto
Un niño guardarse pueda
Por breves dias no más.

FERN. ¿Casa señorial?

BORRA. Plebeya.
Pues para ello á tí me fio.

FERN. No importa, que magüer fuera
La del Justicia, yo os juro
Que os haria dueño de ella.
BORRA. Mucho puedes.
FERN. Soy leal,
Y el que me busca me encuentra,
Si á quien debo servir bien
En ello no le va ofensa.
BORRA. Basta, pues. Mi intento sabes.
FERN. Cumplirlo á mi cargo queda.
(Váse á una señal de Borra.)

ESCENA V.

MOSEN BORRA.—LA REINA

BORRA. (Viendo llegar á la Reina.)
Presto vuelve en busca mia:
Mucho hablarme le interesa.
REINA. ¿Nadie con vos?
BORRA. Hasta ahora.
REINA. Ved si alguien... (Se sienta.)
(Borra mira á todas partes.)
BORRA. Nadie; completa
soledad...
REINA. (Despues de una pausa, con forzada naturalidad.)
¿Sabeis que hoy mismo
Doña Margarita llega
A palacio?
BORRA. ¿Yo...? Tal vez;
Pero no me fijo en esas
Pequeñeces de la córte;
Quien va, viene, sale ó entra...
REINA. Mas una dama á quien vos
Acompañais á sus tierras
Cuando de palacio marcha
Con aparato de enferma...
BORRA. ¡Ah! ¡La de Híjar! Perdonadme...
REINA. ¡No caíais en la cuenta!
¡Desmemoriado!
BORRA. No sé

Dónde tengo la cabeza.
(Aparte.) Y, en efecto, se me antoja
Que ya empieza á darme vueltas.

REINA. Pues la de Hijar...

BORRA. Sí; la de Híjar...

REINA. Aquí vuelve.

BORRA. Es dama vuestra.

REINA. Y el Rey...

BORRA. ¿El Rey?

REINA. Yo presumo
Que gustará de la nueva...
Como yo.

BORRA. Justo; lo mismo.

REINA. (Con ímpetu.) ¿Os burlais?

BORRA. (Aparte.) ¡Santa Prudencia...!
(Alto.) —Señora, os juro...

REINA. Acercaos.
Y olvidad estas violencias
Del carácter... Lo que quiero
Bien mis ojos lo revelan;
Si en estos libros del alma
Sabe leer vuestra ciencia,
Dadme con palabras vos
A mi silencio respuesta.

BORRA. Mas si son libros los ojos,
¿Los mios no tienen letras?

REINA. A veces hay nubes que
La vista más clara ciegan,
Y si esas nubes son celos,
¿Dónde las habrá más negras?
Nubes que son el sudario
En que envuelven mi existencia
Las veleidades de un Rey,
De una dama las flaquezas.
Vos conoceis esa historia
Mejor que yo, y ya que es fuerza
Deciros con claras voces
Lo que calló mi reserva,
Yo os pido que de estas dudas
Que el corazon me atormentan,
O hagais verdades amargas
O fugitivas quimeras.

BORRA. Me honrais, señora, de suerte

Que no sé cómo agradezca...
Preguntad, y daré á todo
La más cumplida respuesta.
(Aparte.) ¡Diablo! Si llega á saber..
Sólo el pensarlo me aterra.

REINA. Que el Rey ama á la de Híjar,
Puede notarlo cualquiera.
¿No es cierto?

BORRA. (Con resolucion.) Cierto, señora.

REINA. Que á ese amor corresponde ella,
Paréceme harto seguro,
Bien que me falten las pruebas.
Vos, ¿qué decís?

BORRA. Que hay en eso
Más que verdad apariencias.

REINA. ¿Apariencias?

BORRA. Sí.

REINA. De modo...

BORRA. De modo que aunque ella muestra
En ser del Rey festejada
Disculpable complacencia,
Tengo para mí que á otro
Más alto favor no llega.

REINA. Mosen Borra... ¡me engañais!

BORRA. Yo, señora... (Aparte.) ¡Buena es ésta!

REINA. Que ella con sonrisas pague
Tanto amor, sin propia mengua;
Que dé suelta á las miradas
Y al corazon no dé suelta;
Que á ternezas de amor calle
Y no responda ternezas,
¿Cómo quereis, Mosen Borra,
Cómo quereis que lo crea?

BORRA. Como que es así, y no es de hoy
Que tales cosas sucedan.
Pues si en damas de recato
Hay vanidades tan necias
Que darán años de vida
Por vestir plumas y sedas;
Si hacen gala de que en justas
Sus caballeros perezcan,
¿No han de sonreir afables
Cuando un gran Rey las festeja?

(Con cierto misterio.)
Fuera de que aquesta dama...
(Aparte.) ¡Si esta invencion me valiera...!

REINA. Decid...

BORRA. A vos me declaro;
Pero que el Rey no lo sepa.

REINA. Decid...

BORRA. Digo, pues, que tiene
Cierto galan...

REINA. ¡Oh! Si fuera
verdad...

BORRA. Que lo tiene es cierto;
Mas aún ignoro quién sea.
Tiempo y ocasion tendreis
De averiguarlo, y si llega
Mi fortuna hasta ese punto,
Yo os ayudaré en la empresa.

REINA. ¿Con fiel voluntad?

BORRA. Al tiempo
Le encomiendo mi respuesta.
Y ahora añado que al galan
Quizá tanto favorezca
La dama, que al Rey le burle
Y á vos os deje contenta.

REINA. ¡Amada del Rey, y en tanto
El Rey burlado por ella!
Venganza igual, ni mis celos
Nunca imaginar pudieran.

BORRA. Pues como de estas venganzas
Se ven con harta frecuencia.
Y si merezco, señora,
Que fieis en mi cautela,
Y vos la guardais tambien,
Tales pueden ser las vueltas
De estos sucesos, que al fin
Venzais vos, y sucumba ella.
(Aparte.) Mi ingenio va poco á poco
Dando remate á la idea...
Es peligrosa...

REINA. (Aparte.) ¡Vacila!
¿Me engañará? (Alto.) ¿De manera
Que puedo contar con vos?

BORRA. Pronto he de daros las pruebas

De lo que digo.

REINA. Pues id

Pensando en la recompensa. (Váse.)

ESCENA VI.

MOSEN BORRA.

Las gentes en decir dan
Que envidiable es mi destino;
Mas ¿no es lance peregrino
Servir á Reyes que van
Cada cuál por su camino...?
Y al fin, porque ella se avenga
A la paz, si esto es posible,
Fingí un galan invisible:
Mas ¿qué hacer para que tenga
La ficcion forma sensible...? (Pausa.)
Yo mismo pudiera... ¡Bah!
¿Quién tal fábula creerá...?
Y ello es que á saber me obliga
La suerte, si hay quien me diga
Dónde ese galan está.

ESCENA VII.

BORRA.—D. JUAN.

D. JUAN ¿Mosen Borra?

BORRA. Borra soy.

(Aparte.) ¡Ah! ¿Si éste entrase en mis fines...?

D. JUAN Ved. (Dále un papel.)

BORRA. Vale real. Cien florines.

¿Los habeis menester hoy?

D. JUAN Mañana debo partir

Con la gente castellana,

De modo que hasta mañana...

BORRA. Yo os veré ántes de salir.

(Aparte.) ¡Se va! Mejor. Exploremos.

D. JUAN A Dios quedad. (Hace que se va.)

BORRA. Un instante.

Vos que sois tan fino amante,

¿Quereis que de amor hablemos?

D. JUAN ¿Es burla de bufon?
BORRA. No.
¡Sério asunto! (Con cómica gravedad.)
D. JUAN ¡Desvarío!
Hablar de otro amor que el mio,
¿Podré, Mosen Borra, yo?
BORRA. ¡Achaque de enamorado
Y de poeta!
D. JUAN Lo sé.
BORRA. Pero quien cerca se ve
Del término codiciado.
Bien puede ser generoso
Y dar á su dicha espera
Un dia, una hora siquiera
Por hacer á otro dichoso.
D. JUAN Hablad; os escucho atento.
BORRA. Todo ello estriba, don Juan,
En que finjais ser galan
De una dama en un momento.
D. JUAN ¡Yo! ¡Loco estais, vive Dios!
En mi pecho enamorado,
A una dama consagrado,
Ni áun por farsa caben dos.
BORRA. ¡Oh qué escrúpulos de monja!
¿Sois doncella recatada
Que se pone colorada
Del rumor de una lisonja?
¡Ea! Don Juan, no vengais
Con repulgos y sonrojos;
Porque deis gusto á los ojos,
¿Qué ley de amor quebrantais?
D. JUAN ¿Y cuál objeto...?
BORRA. La calma
Del alma de una mujer.
D. JUAN ¿Y eso yo lo puedo hacer?
BORRA. Podeis darle vida á esa alma.
D. JUAN Mucho á serviros me incita
De esa dama el interés:
Mas debo saber quién es...
BORRA. Margarita...
D. JUAN ¿Margarita
De Hijar?
BORRA. ¿La conoceis?

D. JUAN (Deteniéndose un poco.)
Algo quizás. Sé que es bella
Como el sol... decidme; y ella
¿Está aquí?

BORRA. No tardareis
En verla.

D. JUAN ¿En palacio?

BORRA. Sí.

D. JUAN ¿Junto á la Reina?

BORRA. ¡Pues no!

D. JUAN ¿Y alguien aquí la ofendió?

BORRA. ¿Quién puede ofenderla aquí?
(Momento de pausa.)

D. JUAN Moveis mi curiosidad,
Y casi ya á aceptar llego...

BORRA. No, si os molesta: yo luégo
Hallaré otro que...

D. JUAN Esperad.

BORRA. ¿Qué es esperar? No, por Dios;
Vuestro pecho enamorado
A una dama consagrado
Ni áun por farsa admite dos.

D. JUAN ¡Oh! No creais que me espanta...

BORRA. Dijisteis que os causa enojos...

D. JUAN Mas por dar gusto á los ojos,
¿Qué ley de amor se quebranta?

BORRA. ¡Oiga! ¿Tambien retorceis
El argumento?

D. JUAN ¿Es extraño
Que aprenda de vos?

BORRA. ¡Mal año!
¡Gallardo escolar haceis!
En fin...

D. JUAN Si no ha de sufrir
Ni mi fama ni mi honor,
Podré, pues vivo de amor,
Fácilmente amor fingir.
Acepto.

BORRA. Sea en buen hora.
Yo os agradezco... (Aparte.) Salvé
El primer escollo.

D. JUAN (Aparte.) ¿Qué
Me guardas, fortuna, ahora?

ESCENA VIII.

DICHOS.—FERNAN.

BORRA. (Viéndole entrar.)
¿Qué hay, Fernan?

FERN. (Aparte á Borra.) Una litera
A las puertas de palacio
Llega ahora mismo.

BORRA. (Para sí.) Ella es.
(A él.) ¿Y qué más?

FERN. Que están bajando
De la litera dos damas,
Y que á través de los mantos
He conocido que es una
Doña Margarita.

BORRA. ¡Vamos!
Eres lince.

FERN. No soy solo,
Pues la Reina, adivinando
Quizá lo mismo que yo,
Al verlas, se ha retirado
Del corredor, y aquí viene
Sin duda.

BORRA. (Con indiferencia.) Bien. Pues quedamos
En que sois dos linces... Ahora
Haz que esa dama á su cuarto
Vaya á reposarse un punto,
Y á esperarme allí.

FERN. El encargo
Que me dísteis...

BORRA. ¡Ah! la casa.

FERN. Cerca de aquí la he encontrado.

BORRA. ¿Segura?

FERN. Como un sepulcro.

D. JUAN (Aparte.) ¡Oh terrible sobresalto
Del amor y de la duda,
Siempre unidos como hermanos!

BORRA (A Fernan.) Eres un buen servidor.
Toma. (Le da dinero.)

FERN. Gracias. (Para sí.) ¡Insensato!
Si eres esclavo del Rey,
Yo soy de la Reina esclavo. (Vase.)

ESCENA IX.

DON JUAN.—MOSEN BORRA.—LA REINA luego.

BORRA. Perdonad, señor de Urrea:
La farsa está comenzando,
Y presto vendreis á ser
El galan enamorado.
D. JUAN Para serlo de verdad
No hé menester gran trabajo.
BORRA. ¡La Reina!
(Llega la Reina, y D. Juan permanece retirado y pensativo.)
¡Señora!
REINA. (A Borra.) Sé
Que la de Hijar ha llegado.
BORRA. Yo sé algo más.
REINA. ¿Qué sabeis?
Acabad.
BORRA. Que tengo el cabo.
REINA. ¿El cabo?
BORRA. Que me faltaba,
Y ya están todos atados.
REINA. ¿Quereis confundirme más?
BORRA. Es que el gozo me está ahogando
Al ver con cuánta fortuna
A serviros he empezado.
Mirad á ese trovador.
REINA. ¡Don Juan!
BORRA. Vedle. ¡Qué gallardo!
Si éste fuera aquel galan
De que os hablé...
REINA. (Con incredulidad.) ¡Cielo santo!
¿No gemia ayer cautivo
Bajo el poder de los bárbaros?
BORRA. ¿Y dais crédito á romances
De trovadores? Es claro
Que debió fingir historias
Para quedarse en palacio,
Junto á la dama.
REINA. ¡Imposible!

Borra. ¿Dudais? ¿Quereis acecharlos?
¿Quereis oir los arrullos
De los dos enamorados?
Reina. ¡Pues no he de querer!
Borra. Entonces... (Hablan bajo.)
D. Juan (Aparte.) Hablan de ella. Estoy temblando,
Como si por vez primera
Fuese á escuchar de sus lábios
De mi muerte ó de mi vida
El irrevocable fallo.
Borra. (A la Reina.) Bien: habladle, si os parece,
Con cautela, y entre tanto
Voy á hacer que aqui os salude
Vuestra dama.
(Se inclina, y vase; pero al pasar junto á don Juan le dice aparte:)
Al punto bajo.
Fío en vos, que ahora os llega
Vuestra vez.
D. Juan Queda á mi cargo...

ESCENA X.

DON JUAN.—LA REINA.

D. Juan Si mi presencia, señora,
Es sombra de vuestro agrado...
Reina. Quizá luz que rasgue nubes
De dudas y sobresaltos.
D. Juan Para tal fin, al sol mismo
Yo robaria sus rayos.
Reina. Basta que sean sinceros
Vuestros amores cantados,
Que es amor de trovadores,
Como trinos de los pájaros,
Fútiles para entendidos,
Gustosos para escuchados.
D. Juan. Pero amor de caballeros
Es como el trueno y el rayo,
Que á un tiempo suena y abrasa
Y deja indeleble rastro.
Reina. Tiene acentos la verdad
Que á fingir nadie ha llegado;

Vos la decís: lengua y ojos
Bien me la están revelando.
¡Amais de veras!

D. JUAN Señora,
Sólo Dios sabe cuánto amo.
En todo mi sér no hay más
Que un pensamiento grabado,
Un sólo fin en mi vida,
Sólo un premio en mis quebrantos.
Pensamiento, fin y premio
Es mi amor, y el fuerte lazo
De esta pasion, con la sangre
De mis venas se ha apretado,
Porque así mi dama vea,
Al recibirme en sus brazos,
Que la sangre es testimonio
Del amor de un pecho honrado.

REINA. ¡Envidiable Margarita!

D. JUAN ¿Sabeis su nombre?

REINA. Sé cuanto
Debo saber para haceros
Del hombre más desdichado
El más felice mortal
Que fué del amor esclavo.
¿Deseais verla?

D. JUAN Tal deseo
Es hoguera en que me abraso.

REINA. Templadle un punto.

D. JUAN Esperé
Templándole, meses y años;
Pero, al acercarme á ella,
¿Cómo es posible templarlo?

REINA. No disimuleis, don Juan;
Sé que venís á Palacio
Porque ella está aquí...

D. JUAN (Aparte.) ¡Ah! olvidaba
Que el bufon... (Alto.) Pues ya han llegado
Hasta vos aquestas nuevas...

REINA. Basta. Ellos son. Retiraos.

(Llegan doña Margarita y Mosen Borra por el fondo derecha, retirándose D. Juan, que da muestras de impaciencia y de incertidumbre.)

ESCENA XI.

DICHOS.—DOÑA MARGARITA.—MOSEN BORRA.

BORRA. (Aparte á ella.)
Fingid bien, aunque no os cuadre,
Y alejad todo temor.

MARG. (Aparte á él.)
¡Qué mal se finge el amor!

BORRA. Mujer sois.

MARG. Pero soy madre.

BORRA. (Viendo á la Reina.)
¡La Reina! No se ha ocultado.
¿Recelará? (Observándola.) Su mirada
Brilla alegre.

REINA. (A doña Margarita.) Bien llegada
Seais, Margarita, á mi lado.

MARG. Dadme los piés.

REINA. Levantad.
Ya impaciente os esperaba,
Y honda pena me causaba
Vuestra amarga soledad.

D. JUAN (Examinando á doña Margarita con éxtasis.)
¡Es sueño!

MARG. Si he de deciros
La verdad pura y sin dolo,
De ménos eché tan solo
La fortuna de serviros.

REINA. ¡Pudiera ser!
(Mosen Borra hace señas á D. Juan desde léjos; pero D. Juan, fijo en doña Margarita, no le hace caso.)

BORRA. (Aparte.) Con qué anhelo
La está mirando... ¡Muy bien!
(Haciendo seña de aplauso á D. Juan, que sigue absorto.)

REINA. Mas hoy no falta ya quien
Os dé en la córte consuelo.

MARG. (Aparte.) ¡Dios mio! ¿Por qué dirá?

REINA. Quien bien ama ser procura
Girasol de la hermosura
Tras de cuya lumbre va.

No os turbeis...

MARG. Yo, gran señora...

REINA. Sois amada y amais vos,
Pues bendiga este amor Dios
Como yo os bendigo ahora.
¡Don Juan!

(D. Juan se acerca apresuradamente, y se arroja á los piés de doña Margarita.)

D. JUAN ¡Margarita mia!

MARG. (Aterrada, pero reconcentrando su terror.)
(Aparte.) ¡Él éra, Dios poderoso!

D. JUAN Vuelve á mí tu rostro hermoso,
Que envidia la luz del dia.

BORRA. (Aparte con entusiasmo.)
¡Bravo!

D. JUAN Como exiguo don
De mi amante fé sincera,
Poner á tus piés quisiera
Pedazos del corazon.

MARG. (A media voz.)
¡Calla...! ¡Vives!

D. JUAN (Idem.) Justo es
Tu asombro al ver que aún respiro,
Pues no sé cómo no espiro
De amor y dicha á tus piés.

MARG. (Aparte.) Y yo de espanto y terror.

D. JUAN Dí que me amas.

MARG. (Con turbacion y apresuramiento.
Ya hablarémos
Más tarde... Pero ocultemos
La historia de nuestro amor.

D. JUAN ¿Qué? (Levantándose asombrado.)

BORRA. (A la Reina.) ¿Veis?

MARG. (Aparte á D. Juan.) ¡Por Dios!

D. JUAN (Aparte á Margarita.) ¿Desvarío...?
Habla.

MARG. (Idem.) ¡Nunca!

REINA. (A Borra.) ¡Ya he logrado
Cuanto anhelé!

(Margarita se va hácia la Reina y el bufon.)

D. JUAN (Aparte.) ¿Qué ha pasado,
Qué ha pasado aquí, Dios mio?

(Cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Salon ochavado en el mismo palacio.—A la izquierda una puerta que se supone da á la habitacion de doña Margarita.—En segundo término de este mismo lado, otra puerta que conduce á la cámara de la Reina.—A la derecha, en primer término, el hueco de un balcon interior; en segundo, puerta de la cámara del Rey; más hácia el foro otra portezuela secreta; y puerta principal en el fondo, con otro forillo abierto en último término.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.—FERNAN.

REINA. (Despues de mirar la puerta de la estancia de doña Margarita y de enterarse de que nadie puede oirlos.)
Esto ha de ser.
FERN. Bien está.
REINA. Ya que esa mujer perversa
Su audaz traicion ha llevado
Con hipócrita cautela
Hasta ese punto, yo quiero
Que el niño desaparezca,
Fernan, y esté en mi poder,
De venganza como prenda...
¿Quién los vió entrar?
FERN. Sólo yo;
Yo que les abrí la puerta.
El bufon iba delante,
La dama detrás, envuelta
En un manto; el otro...
REINA. El Rey.
FERN. Yo no digo que el Rey fuera,
Pues los pliegues de su capa
Borraban toda sospecha.

REINA. ¿Quién sino el Rey puede ser?
¿Y quién podria sino ella
¡Infame! á mis propios ojos
Traer el fruto de su afrenta,
Insultar mi amor de esposa
Y mi dignidad de Reina...?
Mas no me conocen bien:
Antes que sufrir tal mengua,
¡Oh! mi sangre castellana
Soltaria de mis venas.

FERN. Señora, no soy esclavo:
Soy una máquina ciega
Que obedece vuestro impulso
Como esta daga á mi diestra.
Si ese misterioso niño
Es necesario que muera,
Morirá; si hay que ocultarlo
En donde á ver jamás vuelva
La clara luz de los cielos,
Lo ocultaré.

REINA. No; no creas
Que vaya á cebar mi saña
De ese niño en la inocencia.
El me servirá de medio
Para averiguar la negra
Historia de estos amores
Que el corazon me envenenan.
Tú mismo al bufon dirás,
Mostrando fingida pena,
Que yo he robado ese niño;
Haz que en la casa aparezcan
Señales de que opusiste
Vigorosa resistencia
A los que te acometieron;
Lo demás queda á mi cuenta.
Si hay que verter algun dia
Sangre impura... nada temas:
¡Siempre estalla á tiempo el rayo
De la inmortal Providencia!
Mas ¿don Juan?

FERN. De acompañante
Del conde de Fuentidueña
El Rey lo mandó, y presumo

Que ya debe estar de vuelta.

REINA. No sé qué pensar de ese hombre,
Ni de su amor.

FERN. ¡Bueno fuera;
Que él tambien os engañase!

REINA. ¡Él tambien...! ¡Oh! Me atormenta
Todo un infierno de dudas,
De recelos y sospechas.
Su bizarría y valor,
¿No han de ser más que apariencias?
¿Y aquel acento del alma
Con que expresó las ternezas
De su amor á Margarita,
Vil engaño, ficcion era?
¡Ah! ¡Dios mio! ¿Por qué todos
Han de hacer tan cruda guerra
A la justicia, y tan baja
Sumision á la vileza?

FERN. El soberano esplendor
Del trono excelso les ciega,
Y por ser gratos al Rey
Darán la muerte á la Reina.
(Recalcando.) Quizá doña Margarita
Con vuestra corona sueña...

REINA. Parece que estás leyendo
En mi corazon... Si fuera
Ese niño hijo del Rey,
¿Quién duda que en eso piensa?
(Con exaltacion.)
Pero ¡ay de ella! Yo he sabido
De Alonso quinto en la ausencia
Regir en paz sus Estados
Contra ambiciones protervas.
Ni obstáculos ni reveses
En mi ánimo hicieron mella;
¿Y han de quebrantar ahora
Mi invencible fortaleza
Intrigas de cortesanas,
De cortesanos bajezas?
¡No, jamás! Tú eres mi brazo:
Cumple bien, Fernan, y deja
A mi valor y á mis celos
Poner remate á esta empresa.

FERN. ¡Señora...!
REINA. Oye. Es necesario
Que se difunda la idea
De que el Rey va á repudiarme
Por esa mujer, que intenta
Ceñir á sienes bastardas
La corona aragonesa.
Tú alarma al pueblo; yo en tanto
Alarmaré á la nobleza.
El Condestable es mi apoyo,
Y él hará cuanto yo quicra.
FERN. ¡Oh! Descuidad: yo me encargo
De que el pueblo en ira hierva,
Y hasta de que pida á gritos
De esa mujer la cabeza.
REINA. Sí, sí; aplastemos al áspid
Que emponzoña mi existencia.
FERN. Perdonad... Siento rumor
De pasos en la escalera.
REINA. ¡Quizá el bufon...! Alejémonos;
No conviene que nos vea;
Vamos, Fernan; á la casa
Darás al punto la vuelta,
Y que ántes de una hora esté
En nuestras manos la presa.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA II.

MOSEN BORRA.—REY.—DOÑA MARGARITA.

BORRA. (Entra sigilosamente por la puerta secreta, abriéndola con precaucion; examina la escena y sus avenidas, y cierra la puerta con cuidado.)
Llegad, señor.
(Entran el Rey y doña Margarita; él embozado y ella con manto.)
REY. (A ella.) Depon todo cuidado.
Nadie nos vió.
BORRA. Con próspera fortuna
Cumplióse cuanto hubísteis ordenado.
Junto á la egrégia cuna,

Rama del árbol que á Aragon cobija,
Al paternal afan suelta habeis dado,
Y ora aquí, ya de vuelta,
Podeis tambien á vuestro amor dar suelta.

REY. Todo está bien.

MARG. No todo se ha cumplido.

REY. ¿Qué te falta? (Con dulzura.)

MARG. Saber que está de nuevo
En Córtes nuestro Príncipe querido.

REY. (Con dulce reconvencion.)
¡Oh madre sin entrañas!

MARG. Harto llevo
Sobre mi corazon el peso rudo
De la inquietud cobarde que me ahoga.

REY. ¿Temes?

MARG. No sé si temo, pero dudo
Aun de mi propia discrecion.

REY. ¡Ingrata!
¿Tan fugaz ha de ser la luz del cielo
Que tu inquietud injusta me arrebata...?

MARG. Verle no más quisísteis; le habeis visto;
Le volvereis á ver, mas de aquí léjos.
Mosen Borra, marchad.

REY. (A Borra.) Id, pues; no insisto.

BORRA. Parécenme prudentes sus consejos.
(Váse por la puerta secreta.)

ESCENA III.

EL REY.—DOÑA MARGARITA.

MARG. (Se sienta en un sillon con abatimiento.)
¡Ay de mí!

REY. ¡Margarita! ¡Prenda amada!
Astro de aquella luz que me enajena,
Aunque por breve término gozada;
Tallo de aquella cándida azucena,
Fuente clara, escondida,
De aquel arroyo que me da la vida;
Madre de mi hijo, en fin, ¿por qué llorosa
Muestras hoy á mis ojos tu hermosura?

MARG. (Abandonándole una mano.)
¡Alonso...! ¡Noble Rey! No soy dichosa;

No lo seré jamás.

REY. ¡Necia locura!
Es que al temor tu corazon no esquivas,
Es que ya se ha deshecho
La plácida ilusion que te halagaba,
Cuando en las horas del amor furtivas
En las serenas tardes del otoño
Yo contigo soñaba
En este sér de nuestro sér retoño,
Entónces esperanza lisonjera
Y hoy ventura infinita y verdadera.

MARG. ¡Desvanecerse mi ilusion! ¿Pues dónde
Mis gemidos se apagan; dónde el llanto
De mis ojos se seca; dónde encuentra
Mi atribulado corazon la calma
Sino en el dulce y amoroso encanto
Del hijo de mi alma?
Alonso, oid. Mi maternal cariño
De la futura edad rompiendo el velo,
Ve convertido en hombre al que hoy es niño,
De la gloria escalar el alto cielo.
Jóven gallardo y valeroso, mira
En derredor de sí la muchedumbre
Que le aclama frenética y le empuja
De un codiciado trono hasta la cumbre.
«¡Vítor al Rey Fernando!»
Oigo gritar, y hermoso y arrogante
Mi alma le ve, temblando,
De su pueblo marchar siempre delante
Y acariciar el pomo de la espada
Por la justicia y el valor templada,
Ostentando con noble gentileza
La corona reäl en la cabeza. (Pausa).

REY. ¡Oh! Sigue, Margarita;
No dejes de evocar la inmensa gloria
Que sin cesar mi pensamiento agita
De trasmitir á la lejana historia,
Con mis hechos prolijos,
Los grandes hechos de mis nobles hijos.
Si de Fernando Dios guarda la vida,
Nápoles le verá, yo te lo juro,
Con el régio laurel la sien ceñida.

MARG. ¡Ah! Pero oid aún. Se desvanece

Como aterrado de infernal conjuro
Este sueño feliz, y negra nube
Súbito ante mis ojos aparece
Que del profundo de la tierra sube
Y el azul de los cielos oscurece.
De sangrientos festones coronada
Cual vaporoso mónstruo se presenta
A mi inquieta mirada
En diversas figuras trasformada;
Pero, ¡nuncio de horror, siempre sangrienta!
(El Rey da muestras de impaciencia y disgusto.)
¡Sangre...! ¡Tinieblas...! Noble Rey, decidme
Si esos tristes augurios son visiones
Que forja la inquietud de mi conciencia,
O quizá misteriosas predicciones
Que me advierten del cielo la inclemencia.

REY (Con enojo.)
Basta ya, Margarita. Tu locura,
Hasta hoy desconocida, nada alcanza
Sino á extinguir la luz de mi ventura,
Y á arrancar de mi pecho la esperanza.
Te aterra el infortunio imaginado;
La desdicha soñada te aniquila,
Y con tales quimeras no has dejado
A mi ánsia paternal gozar tranquila
Del don precioso que tu amor me ha dado.
Queda, pues, de tus sueños frente á frente;
Evoca trasgos y conjura horrores,
Y cuando vuelva tu agitada mente
La paz á recobrar, libre de enojos
Vendré á buscar en tus enjutos ojos
El pasado esplendor de mis amores.
(Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA MARGARITA.

Huye ¡oh Rey! de las sombras; huye airado
De los gemidos que mi pecho exhala.
¡Haces bien! El amor que Dios maldice,
Ni seca el llanto, ni las penas calma...

¡Don Juan...! ¡Ah! ¿Por qué vive? ¿Quién le trajo?
Heraldo cruel de celestial venganza,
¿Viene á romper sobre mi impura frente
El indeleble sello de la infamia...?
¡Él, severo guardian de la honra mia
Que mi padre al morir le encomendára:
Él burlado por mí, por mí vendido
De un Rey voluble á la amorosa llama...!
¡Oh desdicha! ¡Oh traicion! ¡Oh impuro fuego!
¿Por qué no has consumido mis entrañas...?
¡Huir! ¡Fuerza es huir! Con mi Fernando
Me ocultaré, cual fiera solitaria,
En la aspereza de ignorado monte,
Donde Dios nada más vea mis lágrimas.
Fuerza es huir de amores que envilecen;
Fuerza es huir de celos que amenazan...
¡Ay! ¡Si pudiera huir de la conciencia
Que el corazon á gritos me desgarra...!
(D. Juan aparece embozado en la puerta izquierda.)

ESCENA V.

DOÑA MARGARITA.—D. JUAN.

MARG. ¡Ah! ¿Quién sois? ¿Qué buscais? ¿Quién os dió paso
Como ladron nocturno hasta mi estancia?
D. JUAN Quién soy aún no lo sé; quien fuí, tú sabes:
Vida fuí de tu vida, alma de tu alma.
Dióme paso el amor, y—no lo ignoras—
La puerta del amor es la ventana.
(Descúbrese.)
MARG. ¡Don Juan!
D. JUAN ¡Cómo ese nombre en otro tiempo
Tu enamorado lábio pronunciaba!
No tuvieron jamás las armonías
Del universo al despuntar el alba,
Ni la pureza de tu voz sin dolo,
Ni la ternura de tu amor sin mancha...
¿Recuerdas, Margarita? ¡No respondes!
Es verdad: fué tan súbita mi entrada,
Tan singular mi aparicion... ¡perdona!

Vuelva tu pecho á recobrar la calma.

MARG. Dices bien; me asombraste; en mi aposento
Nadie penetra...; á más que yo ignoraba
Tu presencia en la córte.

D. JUAN De Castilla
Há poco que llegué, y ántes que nada,
Antes de ver al Rey, quise á tí verte:
Sediento de tu amor, tu amor buscaba.

MARG. ¡Amor, don Juan...! A mis oidos llega
Como un eco el rumor de esa palabra,
Pero ya no le entiendo.—Yo amé á un hombre...

D. JUAN Tu esposo.

MARG. Que murió, segun es fama,
Y en la tumba donde él fué sepultado
Sepulté para siempre mi esperanza.

D. JUAN Mas al volver de su sepulcro ese hombre,
¿Seguirá tu esperanza sepultada?

MARG. ¡Puede un cadáver recobrar la vida,
El corazon no puede recobrarla...!
(Pausa, durante la cual D. Juan, pálido y visiblemente conmovido, mira fijamente á doña Margarita, que procura esquivar sus miradas.)

D. JUAN Mírame, Margarita, frente á frente
Como en la edad primera me mirabas
Cuando el puro matiz de tus mejillas
Era el rosado albor de la mañana.
Mírame, Margarita, no desvíes
De mis ardientes ojos tu mirada;
Quien á tí consagró su vida entera,
Aún puede hacer que resucite tu alma...
¿No ves? Temblando estoy; toda mi sangre
Hierve en mi corazon y arrebatada
En los hinchados cauces de las sienes
Ruge, como del Etna las entrañas...
Cinco años há que entre el horror violento
De la guerra, alejado de la pátria,
Vivo soñando con tu dulce imágen,
Como si fuera el ángel de mi guarda.
(Transicion.)
¿Qué has hecho de mi amor...? No me lo digas:
Quiero ignorarlo aún...

MARG. (Con la rigidez del dolor reconcentrado.)
Mátame, ó calla.

D. JUAN ¿Te atormento quizás?
MARG. Sí; me atormentas.
D. JUAN ¿Temes?
MARG. Por tí.
D. JUAN ¿Qué dices?
MARG. Don Juan, basta,
Basta de remover frias cenizas
De un infeliz amor. Cese tu saña
De herir mi corazon, ó en él sepulta
Sin piedad el acero de tu daga.
D. JUAN (Mirando su daga con siniestra complacencia.)
¡Mi daga! (Aparte.) ¡La del Rey!—¡Ah Margarita!
Hay detrás de tu voz algo que espanta,
Tenebroso misterio en cuyo fondo
Quizá se agita otra figura extraña
Que yo no quiero ver... Sola tú, sola,
Por mí, severo juez, serás juzgada.
MARG. ¡Juzgarme!
D. JUAN ¿Por qué no? ¿No soy tu esposo
A los ojos de Dios que tú invocabas
La vez postrera que regué tu mano
Con el raudal ardiente de mis lágrimas?
¿No presté el juramento de ser tuyo
Sobre la cruz de mi leal espada,
Cuando al morir tu padre me decia:
«Vela, don Juan, por la honra de mis canas?»
Juzgarte es mi deber; mas si eres justa,
¿Por qué parece que mi voz te espanta?
MARG. (Esforzándose por disimular.)
No me espanta tu voz... puedes juzgarme,
Pero no perseguirme. Nos separa
Un abismo de muerte; no te empeñes
En salvarle, don Juan... Vuélvete á Italia;
Húyeme para siempre: aún en la vida
Nuevos goces el cielo te depara.
D. JUAN (Sonriendo con amargura.)
¡Gozar de nuevo! Escucha. Triste, solo
En el desierto de la vida humana,
Ni padres, ni parientes, ni vasallos,
Nada tengo en el mundo. Toda el alma,
Todo el sér de mi sér en tí lo puse:
Al faltarme tu amor, todo me falta.
Mas tu sombra seré... Quizá algun dia

Mirarás compasiva mi constancia,
Y volverás á amarme... Si el orgullo
Llega á desvanecerte, y te arrebata
Su corriente hasta el fondo del abismo,
Aún allí te hallaré...

MARG. (Con mezcla de desden y terror.)
¿Muerta...?

D. JUAN Y odiada.

(Mosen Borra entra apresuradamente por la puerta secreta, pero se detiene al ver á don Juan.)

ESCENA VI.

DICHOS.—MOSEN BORRA.

BORRA. (Aparte.) ¡No está sola!

D. JUAN (Aparte.) ¡Mosen Borra!

MARG. (Aparte.) ¡De vuelta aquí...!

D. JUAN No os molesto
Ni un instante más. Adios.

MARG. Id con él.

BORRA. (A D. Juan.) Guárdeos el cielo.

(Váse D. Juan por el fondo.)

ESCENA VII.

DOÑA MARGARITA.—MOSEN BORRA.

MARG. ¡Mosen Borra! ¡Vos aquí!
¿Vos agitado? ¿Qué es eso?
¿Qué pasa...? ¡Mi hijo! Acabad.

BORRA. ¡Acabar! Si empezar puedo
No haré poco. En hora aciaga
Hube de echarme á tercero
De amores; más me valiera
Echarme un cordel al cuello.

MARG. ¿Pero no veis que os escucho,
Mosen Borra, sin aliento?
¡Mi hijo! ¿No oís?

BORRA. ¡Qué sé yo!
¿Qué sé yo si oigo y si veo?
¿Os impacientais? ¡Pardiez!

Entónces hablaré ménos.
Dejad que me desahogue,
Que hable solo, que eche ternos,
Que dé vueltas, que me siente,
Que grite... Pero os advierto
Que vos no habeis de gritar,
Ni mesaros los cabellos,
Ni comprometer la vida
Del niño con...

MARG. ¡Dios del cielo!
¡La vida del hijo mio!
¡Del hijo del Rey...!

BORRA. (Tapándole la boca aterrado.) ¡Silencio!
¡Desventurada!

MARG. Apartad
Y hablad; que matan más presto
Desventuras sospechadas
Que infortunios verdaderos.
¡Hablad, pues, hablad por Dios!

BORRA. Pero callad vos primero. (Breve pausa.)

MARG. Ya os escucho.

BORRA. (Aparte.) ¡Pobre madre!
¡Son tan justos sus recelos!
(Alto.) ¡Señora, calma! El terror
No es el propio consejero
Para vencer las tormentas
Y llevar la nave al puerto.
Ciego del amor de padre,
Tuvo el Rey el mal acuerdo
De hacer que con vos viniese
El príncipe su hijo y vuestro.
Parecióme, como á vos,
Insensato el pensamiento,
Que si es perspicaz la Reina,
Lo son mucho más sus celos;
Y celosa, perspicaz
Y violenta en sus extremos,
Era de temerlo todo,
Y todo, en verdad, lo temo.
Cómo supo la presencia
Del niño aquí... no lo entiendo;
Pero es el caso, señora,

Que cuando por él he vuelto,
He visto á Fernan herido,
Maniatado á un escudero,
Una puerta destrozada,
La cuna vacía...

MARG. ¡Muerto,
Muerto mi hijo!

BORRA. No; vive.

MARG. ¿Vive? ¿Dónde está? Volemos...

BORRA. Está en poder de la Reina.

MARG. ¡De la Reina! ¡Oh Dios eterno!
¿Y decís que vive?

BORRA. Os juro
Que es verdad; pero recelo
Que si con arte y sin ruido
No se lo arrancamos presto,
Ella del niño dé cuenta
Y el Rey de mí.

MARG. ¡Justos cielos!
¡Artes, astucias! ¡Oh! Basta,
Basta ya de fingimientos.
Corro á buscar á la Reina,
Y puesta á sus piés, mis ruegos,
Mis lágrimas, mis suspiros,
¿No han de conmover su pecho?

BORRA. ¡Locura!

MARG. Es mujer.

BORRA. Celosa.

MARG. ¡Yo soy madre!

BORRA. ¡Buen remedio!

MARG. ¡La voz de una madre tiene
Hasta en los abismos eco!

BORRA. Pero la Reina no lo es,
Y su desdicha es no serlo,
Y será, porque sois madre,
Mayor su aborrecimiento.

MARG. (Desalentada.)
¡Ay de mí!

BORRA. ¿Vais viendo claro?

MARG. Claro mi infortunio veo.
No es madre; es mujer burlada,
Reina altiva, y tiene celos...
¿Pudo el ódio formar nunca

Enemigo más siniestro...?
Iré al Rey.

BORRA. Dejad que admire
Lo sutil de vuestro ingenio.
Vais al Rey; el niño muere,
A mí me ahorcan, y *laus Deo.*
Vos quedareis muy tranquila,
Y el príncipe y yo muy frescos.

MARG. ¿Pues qué he de hacer, Dios poderoso?

BORRA. Salvar al niño.

MARG. Eso quiero.
Mas ¿cómo?

BORRA. Negando siempre
Que el Rey sea amante vuestro.
¿Quién le vió entrar en la casa?
¿Quién le conociera, áun viéndolo?
¿Quién sabe, en fin, sino yo
La verdad de este misterio?
El mismo Fernan la ignora:
Que siga, pues, todo envuelto
En la sombra de la duda
Hasta que al niño salvemos.
¿Me comprendeis?

MARG. No lo sé.
Mas no importa comprenderos.
Salvad á mi hijo, eso importa,
Eso ambiciono, eso quiero.

BORRA. Negad, pues, y yo respondo.

MARG. Ved que su vida os entrego.

BORRA. Ved que en ella va la mia.

MARG. ¿Le salvareis?

BORRA. O me cuelgo.
Mas la Reina... Idos y oid
Lo que á hablar vamos.

MARG. ¡Oh cielos!

(Váse á su cuarto.)

(La Reina llega, como dirigiéndose al cuarto de doña Margarita.)

ESCENA VIII.

LA REINA.—MOSEN BORRA.

REINA. (Aparte sin ver á Borra.)
En su estancia la he de ver,
Y allí me ha de confesar
Lo que yo quiero saber.

BORRA. (Aparte como meditando.)
¡No hay remedio! Esto ha de ser;
Y si ella me deja hablar...

REINA. ¡Ah! ¡Mosen Borra!

BORRA. ¡Señora!

REINA. No há mucho pensaba en vos.

BORRA. Y yo en vos pensaba ahora.
¡Oh fortuna halagadora
Que así nos une á los dos!

REINA. Alegre estais, á fé mia.

BORRA. ¿Cuándo está triste un bufon?

REINA. Hoy pensé que lo estaria.

BORRA. Nunca tuvo, Reina mia,
Para ello ménos razon.

REINA. ¡Me asombrais!

BORRA. (Riendo.) Já! já! já! já!

REINA. ¿Os reís?

BORRA. Como un bendito.

REINA. (Aparte.) ¿Burlándose de mí está?
(Alto.) Reparad que si me irrito...

BORRA. Mayor risa me dará.

REINA. Sois un loco.

BORRA. Eso asegura
El vulgo desavisado;
Mas yo sé de una cordura
Más loca que mi locura
En que cierta dama ha dado.

REINA. ¡Locura de dama! Estoy
De acuerdo con vos, y voy
A ver si es ó no liviana
Quien dejó que su ventana
Escalase un hombre hoy.

BORRA. (Aparte.) ¿Qué escucho? Pues don Juan fué,

Como yo le aconsejé:
¡Soberbio! (Alto.) De otra sé yo
Que á Herodes resucitó
Sin dejarme ser José.

REINA. Mal á Herodes imitára
Quien, si quisiera, matára
A aquel que ódia.

BORRA. De igual modo
A Herodes resucitára
Con inocentes y todo.

REINA. ¡Con inocentes!

BORRA. ¡Qué diablo!
¿No os digo, señora mia,
Que es asunto de retablo?
Yo que vos, degollaria
Hasta el mulo del establo.
Afilad bien la cuchilla
Para tan noble funcion,
Y degüellen en monton
Las princesas de Castilla
A los niños de Aragon.

REINA. ¡Basta!

BORRA. Basta. (Pausa breve.)

REINA. ¿No pensais
Que es mejor que hablemos claro?

BORRA. Hablando estoy como hablais;
Y en lo claro, ¿imaginais
Que he de poneros reparo?

REINA. Hablemos.

BORRA. Hablemos, pues.

REINA. Vos dijísteis que don Juan
De la de Híjar amante es.

BORRA. Y vos le vísteis despues
Ser su rendido galan.

REINA. Sí; mas luégo aconteció...

BORRA. Que un niño se entremetió
A enardecer vuestra mente.

REINA. Y ese niño...

BORRA. Justamente
Guardian del niño fuí yo.

REINA. Y tan solicito estais,
Y á tal extremo llevais
Vuestra amistad protectora,

Que á la casa donde él mora
Vos á los... padres guiais.

BORRA. ¡Notable espia, á fé mia!

REINA. Decis bien, fuí vuestro espia;
Y pensad con cuánto afan
Penetrar allí os veria
A vos, á ella y...

BORRA. A don Juan.

REINA. ¡A don Juan!

BORRA. ¡Voto á mi nombre!
¿Qué hay en ello que os asombre?

REINA. ¡A don Juan!

BORRA. La cosa es llana.
¿No decís que la ventana
De esa estancia escaló un hombre?
Don Juan ante vos juró
A la de Híjar amor fiel;
Él á su hijo visitó
Conmigo en secreto, y él
Esa ventana escaló.

REINA. ¿Qué decís?
(Asombrada, pero no convencida.)

BORRA. Que estábais ciega,
Y que pagais mis desvelos
Con sospechas y recelos.

REINA. (Aparte.) Me engaña. A tanto no llega
La ofuscacion de los celos.
¿Don Juan proteccion buscar
En este hombre...? ¿Y con qué objeto
Iba el secreto á guardar...?
¡Ah! No; aquí no hay más secreto
Que el de quererme engañar.

BORRA. ¿Lo veis? Mas no es maravilla
Tal ceguedad, gran señora.

REINA. Pero es torpeza que humilla.

BORRA. No, pardiez; lo que es que ahora
Ni hay Herodes, ni hay cuchilla.

REINA. Bien vuestras burlas provoco.

BORRA. Vos me dijísteis há poco
Que era un loco...

REINA. Y con razon
Replicásteis...

BORRA. Que el bufon

No siempre es aquí el más loco.

REINA. (Aparte.) Veremos.

BORRA. ¿El niño?

REINA. Id

A mi cámara, y decid

Que la Reina está dispuesta.

BORRA. ¿No más?

REINA. Mi señal es ésta.

BORRA. Gracias. (Vase por la izquierda.)

REINA. (Aparte.) Ardid contra ardid.

ESCENA IX.

LA REINA (sola).

¡Oh! no, no suelto la prenda
Miéntras yo no vea claro.
Don Juan volvió. Hay que saber
Si es cómplice de este engaño:
Si lo es, fingirá el amor,
Mas no entregará su mano
A esa dama; si no lo es,
Yo haré que ese Rey ingrato
Sienta el roer de los celos
En su pecho enamorado.
(El Rey aparece en el fondo.)
¡Él llega... Dios poderoso!
¿Por qué, por qué le amo tanto?
(El Rey, el Condestable y otros caballeros, hablan en el fondo.)

ESCENA X.

LA REINA.—EL REY.—CONDESTABLE.

REY. (Al Condestable.)
Avisad á los barones,
Ricos-homes y Prelados,
Que el puente ha de bendecirse
Con el grandioso aparato
Y con la pompa debidos
A tan magnífico caso.

COND. Gran señor, la córte pide

Que, para mayor agrado
De la ciudad, se festeje
Con torneos y saraos
Ese gigante de piedra
Que es monumento gallardo
De vuestra gloria.

REY. Me place:
Mañana se abrirá el campo
Para un torneo... Veremos
Si aún conservais duro el brazo.
(Vánse el Condestable y nobles.)

REINA. Bien hayan, señor, bien hayan
Los venturosos Estados
Que del cielo recibieron
En vos tan gran soberano.
Y bien haya la Princesa
Que, al subir á vuestros brazos,
Honra su nombre con ser
La esposa del Rey Magnánimo.

REY. ¿Vos aquí?

REINA. Por dicha mia
Estaba aquí, pues os hallo
De suerte que, sin testigos,
Puedo besar vuestras manos.
(Con gran cariño.)
¡Sois para todos tan pródigo,
Y para mí tan avaro
De vuestra presencia!

REY. Vos
Misma veis que los cuidados
Del gobierno, ni un instante
Al corazon dan espacio
Para afectos que no sean
Del interés del Estado.
Las revueltas de Castilla,
De Nápoles los amaños...
¡Enemigos y traídores,
Que viven quizá á mi lado...!

REINA. ¿Y teneis por más seguro
De juglares rodearos,
De histriones y aventureros
Y falaces cortesanos,
Que buscar el corazon

Unico que puede daros
Consuelo en las amarguras,
En los peligros amparo?
¡Oh, mi Alonso! ¡Esposo mio!
¿Por qué sois conmigo ingrato...?

REY. ¡Ingrato con vos! ¡Pues qué!
¿Sospechais que ya no os amo?
Por ventura, ¿no encomiendo
De mis reinos el cuidado
A vuestra sábia prudencia
Cuando de mis reinos falto?
¿No os doy mi propio lugar
En los negocios más árduos?
¿No escucho vuestros consejos?

REINA. Todo es cierto, y, sin embargo,
Diera todo eso, señor,
Por sentir de vuestros brazos
Una vez sola en mi cuello
El amoroso contacto.

REY. (Abrazándola.) ¡María!

REINA. ¡Alonso del alma!

REY. ¿Llorais?

REINA. Dulcísimo llanto
Con que quisiera regar
Vuestro corazon de mármol:
Bien que despertar no puedo
Vuestra ternura, el halago
Con que me escuchais me basta
Para ser feliz.

REY. (Aparte.) ¡Helado! (Por su corazon.)

REINA. Y ya que hoy me concedeis
De felicidad un rayo,
Quiero pensar en la ajena,
Vuestro favor invocando.

REY. Que vos le invoqueis, señora,
Me basta para otorgarlo.

REINA. Dos amantes prometidos,
Uno al otro há largos años,
En ánsia de unirse viven
Con lazo inviolable y santo.
Al servicio vuestro y mio
Hoy están, señor, entrambos,
Y, ciegos de amor, las leyes

De su decoro olvidaron.
Pobre él, aunque bien nacido,
Y generoso y honrado,
Por fuerza habrá menester
Vuestro auxilio soberano.

REY. No ha de faltarle. ¿Su nombre?

REINA. Don Juan de Urrea.

REY. ¡Oh! ¡El taimado!
¡Conmigo guardó el secreto!
Pues me vengaré... casándolo.
¿Y ella?

REINA. Esperad.
(Va al cuarto de doña Margarita, y llama.)
¡Margarita!

REY. (Aparte.) ¿Qué hace?

REINA. Salid (Sale.), y postraos
Ante el Rey, que en vuestras bodas
Conmigo va á apadrinaros.

ESCENA XI.

REY.—REINA.—DOÑA MARGARITA.

REY. (Aparte.) ¡Ah! ¡Ya entiendo!

MARG. (Aparte.) ¡El Rey! ¡Dios mio!

REY. (Aparte.) Bufonada es, en verdad.

REINA. (Aparte, por el Rey.)
No se inmuta. (Alto.) Perdonad.
Su amoroso desvarío.

MARG. (Aparte.) ¿Lo creerá?

REINA. Podeis serena
Alzar la frente, señora;
El Rey, como yo, no ignora
La causa de vuestra pena.
Don Juan será vuestro esposo,
Y vuestro hijo idolatrado
Podrá aprender á su lado
A ser noble y generoso.

MARG. (Aparte.) ¡Horrible ardid del bufon!

REY. ¿Conque es verdad?
(Con aparente severidad.)

MARG. (Aparte á él.) Verdad es

Que os pido que á vuestros piés
Me arranqueis el corazon.

REY. ¡El corazon! Prenda cara
Para don Juan, á fé mia.
¿Qué diria él, qué diria,
Si tal falta en vos notára?

MARG. (Aparte, á él.)
Señor, creeis...

REINA. (Aparte.) ¡Qué indulgente
Con ella!

REY. (A doña Margarita.)
Mas no os aflijo.

MARG. (Resuelta á confesar la verdad.)
¡Oh! Sabed... (Aparte.) Pero ¿y mi hijo...?
Pues su vida está pendiente
De mi voz, ¡él sobre todo!

REY. No fuera digno de mí
Dejar de ser lo que fuí
Siempre.

REINA. ¿Cómo?

REY. De este modo.
¡Hola! (Aparece un ugier.)
Llamad á don Juan
De Urrea. (Váse el ugier.)
(A la Reina.) Espero, María,
Que en este notable dia
Fin vuestros celos tendrán.
(A doña Margarita.)
Y unida al de Urrea vos
Con eterna union sagrada,
De vuestra falta pasada
No os pedirá cuenta Dios.

ESCENA XII.

DICHOS.—D. JUAN.

MARG. (Aparte.) ¿Por qué la muerte me olvida?

D. JUAN Señor...

MARG. (Aparte.) ¡Ah...! (Con terror.)

REINA. (Interrumpiendo.) Con noble empeño
Quiere el Rey, mi dulce dueño,
Dar hoy á dos almas vida.

REY. Es cierto. Don Juan, ¿amais
A esa dama?

D. JUAN Gran señor,
Si ella os ha dicho mi amor,
¿Por qué me lo preguntais?

REY. Bien.

MARG. (Resueltamente.)
Sí... (A D. Juan.) Mi mano tomad:
Vuestra soy.

D. JUAN (Entre el asombro y el amor.)
¡Mia! ¿y tú dices...?

REINA. (A ellos.) Mañana sereis felices.
¡Vuestras galas preparad!

(Los caballeros, ricos-homes y toda la córte han aparecido momentos ántes en la puerta del fondo.)

REY. Ved que ya la córte espera.

REINA. (Aparte.) ¡Falacia es!

REY. (Aparte.) Notable asunto
De bufon.—(Alto.) ¿Vamos?

REINA. Al punto.

(El Rey, la Reina y la córte se alejan á los acordes de la música, que van apagándose gradualmente.)

D. JUAN (Aparte á Doña Margarita.)
¿Tiemblas?

MARG. (Idem.) ¡Calla!

(Desaparece la comitiva á la cual ha seguido Doña Margarita con la vista. Luégo mira por el fondo, y al verlos léjos vuelve y dice:)

Ya están fuera.

ESCENA XIII.

DOÑA MARGARITA.—D. JUAN.

MARG. Y ya es preciso acabar
Esta mentira afrentosa.
¡Vé, don Juan; busca otra esposa
Que no deshonre tu hogar!

D. JUAN ¿Qué significa? Habla: dí.

MARG. No merezco tu perdon;
Hay en mi vida un borron,

Que me hace indigna de tí.

D. JUAN (Con un grito de dolor.)
¡Margarita!

MARG. Infames lazos
Me unen á otro hombre...

D. JUAN ¡Oh, no, calla!

MARG. (Con arrebato.)
De tanto callar estalla
Mi corazon en pedazos.
Deja paso á la tormenta
Que en mi pecho se contiene;
Deja que el viento se llene
Con los ecos de mi afrenta.
¿Tienes daga?

D. JUAN Ya colijo
Que he de usarla.

MARG. No te engañas.
¡Atraviesa las entrañas
Que dieron al Rey un hijo!

D. JUAN (Aterrado.)
¡Tú...! ¡manceba...! ¡madre...!

MARG. Espero
Tu venganza.

D. JUAN. ¡Vírgen mia!
¿Deliro...? Y yo te amé un dia...
¡Y de vergüenza no muero!

MARG. Escucha. A tí, por ser fiel,
Todo un reino se encomienda:
Mi hijo es de ese reino prenda...

D. JUAN (Desesperadamente.)
¡Y yo he venido por él...!

MARG. Mas quiso mi aciaga suerte
Que la Reina lo robára:
Hiere, pues, pero repara
Que al príncipe das la muerte.

D. JUAN ¡Oh! ¡No aumentes mi dolor
Despertando mi piedad...!
¡Maldita seas, lealtad!
¡Maldito seas, honor!

(Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

—

La misma decoracion anterior.—En el balcon, que está adornado con cortinajes, Mosen Borra dirige á algunos ugieres que se supone están preparando los sillones y las colgaduras para destinar el balcon á palco real, desde donde puede verse el torneo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE y vários nobles en el proscenio hablando con precaucion.—MOSEN BORRA en el balcon.

COND. Antes que las puertas cierren
De estos salones, vayamos
Hácia la capilla.
UN NOB. Está,
Condestable, bien pensado.
COND. Así que la Reina acabe
Nos encontrará á su paso,
Y tras ella... ¿me entendeis?
NOBLE. Entendido.
COND. Con su amparo
Todo lo podemos: nada
Si nos deja de su mano.
Nosotros aquí, á su sombra,
Afuera el pueblo irritado,
¿Quién nos resiste?
NOBLE. No hay Rey
Que vacile.
(D. Juan entra por el fondo izquierda con un pliego en la mano.)
COND. Vamos.
NOBLE. Vamos.
(Vánse por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

D. JUAN.—MOSEN BORRA.

D. JUAN (Leyendo.) «Estais como yo en el secreto, y sabeis que los buenos napolitanos pueden contar con el Rey que apetecian. Puesta en vuestra lealtad toda la confianza del príncipe de Tarento y de sus parciales, nadie más que vos debe llevar la feliz nueva á aquellos generosos patricios. Pedid la vénia al Rey, y partid sin demora, que en ello serán servidas vuestra pátria y la mia.—*Caracciolo.*»
(Declamado.) ¡Partir! A llevar la nueva,
La feliz nueva... ¡Dios santo!
De que el Rey que les dió un crímen
Los celos se lo han robado.
Este lo ignora:
(Por Caracciolo, cuyo papel guarda en la escarcela.)
¡dichosos
Los que ignoran...! ¡Don infausto
Del alma ver lo presente
Y recordar lo pasado...!
(Siéntase sombrío y taciturno.)

BORRA. (En el balcon.) ¡Bien! Ahora los sillones
De Sus Altezas... ¡Pazguato!
Aqueste es el de la Reina...
Más atrás... así... ¿Falta algo...?
Pues ya estais aquí de sobra.
Cerrad las puertas... ¡y largo!
(Cierran las puertas, y vánse los ugieres.)

D. JUAN (Aparte.)
¡Ódio...! ¡Amor...! ¿No son lo mismo
Para un corazon rasgado
Por la desdicha...? ¿No son
El amor y el ódio hermanos?

BORRA. (Aparte.) ¡Ah! ¡Don Juan! Ceñudo y grave
Desde ayer: ¿qué le ha pasado?

D. JUAN (Viéndole.) ¿Vos aquí?

BORRA. ¡Guárdeos el cielo!

D. JUAN ¿Os vais?

BORRA. Pensaba...
D. JUAN Esperáos.
El Rey no ha salido aún;
La Reina estará rezando
En la capilla... Podemos
Hablar un momento.
BORRA. ¡Hay tanto
De qué hablar! ¡Y andan las lenguas
Hoy tan sueltas...! ¡Mal pecado!
D. JUAN ¿Y quiénes son los que más
Dan huelga al ocioso lábio
Por Zaragoza?
BORRA. Es ley fija;
Los que más deben cerrarlo.
Pero entre todos se nota
El Condestable.
D. JUAN ¿Y osaron
Anoche insultar á gritos,
Y á las puertas de palacio
A la de Híjar?
BORRA. Y osarán
Poner en ella las manos...
D. JUAN ¿Y el hijo del Rey?
BORRA. ¡Jesús!
D. JUAN No temais.
BORRA. Hablad más bajo...
¡El príncipe! ¡Oh! ¡Si la Reina
Tiene pacto con el diablo,
Y el diablo y ella, no más,
Saben dónde lo han guardado!
D. JUAN De suerte que si averigua
Toda la verdad del caso...
BORRA. ¡San Jorge nos dé su ayuda!
D. JUAN Será capaz de matarlo.
BORRA. ¡No la conoceis!
D. JUAN Ignora
Que ese príncipe es el lazo
Que debe unir á Aragon
El reino napolitano.
BORRA. Fuerza es que lo ignore; mas
Que lo supiera pongamos;
¿Pensais que importa á sus celos
Aquesa razon de Estado?

De más que teme el repudio
De su esposo, y que el bastardo
Llegue á ser el heredero
De Aragon.

D. JUAN ¡Temores vanos!

BORRA. Para vos y para mí,
Que conocemos los tratos
Del príncipe de Tarento
Con el Rey; mas son fundados
Para ella, que está celosa,
Y para el pueblo irritado.
Y ved; en tales momentos,
Cuando hirviendo están los ánimos,
Se le ha ocurrido ordenar
Un torneo, en que, gallardo,
Quiere romper una lanza
Por la de Híjar.

D. JUAN (Aparte.) ¡Oh! ¡Insensato!

BORRA. Mas ¿qué teneis? Pareceisme
Taciturno y cabizbajo.

D. JUAN Yo... no. ¿Por qué?

BORRA. Como sois
De Nápoles enviado
A negociar el asunto
Del príncipe...

D. JUAN Adivinaislo;
Eso me entristece... ¿Y ella?

BORRA. ¿La de Híjar...? En su cuarto.
No ha salido desde ayer.
Ni sé como tiene sano
El juicio.

D. JUAN ¡Ya!

BORRA. Las angustias,
No matan, don Juan.

D. JUAN Es claro:
Pues si matáran...

BORRA. ¿Qué fuera
Del pobre género humano?
¿Mandaisme algo más?

D. JUAN No... Sí;
¿Habeis, por ventura, hablado
Con la Reina?

BORRA. Ella me habló,

Gozándose de su engaño.

D. JUAN ¿Y no cede?

BORRA. ¡Traza lleva!
Vuestro amor lo juzga falso,
Porque, como es natural,
No teneis priesa en casaros.
Sospecha que todo es farsa,
Y sospecha bien.

D. JUAN Es llano.
Se ve que es farsa...

BORRA. A la legua.

D. JUAN No os detengo más.

BORRA. Guardaos,
Por Dios, de decir al Rey
Lo de su hijo.

D. JUAN Id descuidado.

(Vase Mosen Borra.)

ESCENA III.

D. JUAN, sólo.

¡Y aún los rayos del sol brillan serenos
En el azul espacio! Y aún palpitan
De luz los aires y de gozo llenos
Al repetir los ecos de ventura
De los séres que gritan
Del universo en la region impura!
¡Luz... en la noche de mi eterno duelo!
¡Gritos de gozo... en el silencio horrible
De mi alma desolada... ¡oh justo cielo!
Tranquilo y apacible
Mis ojos ven tu esplendoroso manto,
Rico de galas, que la lengua muda
No sabe ya cómo alabar... ¡y en tanto
Mi corazon se cierne sobre abismo
De tenebrosa duda...!
Miro dentro de mí... ¡no soy yo mismo!
Busco mi antiguo sér... ¡ay, no lo encuentro...!
Una imágen de amor cruzó la esfera
En que el alma inmortal tiene su centro;
Fué de mi vida la ilusion primera,
Y ángel de resplandores coronado,

Creí sentir en mi abrasada frente
Su cándido aleteo, perfumado
De la virtud con el divino ambiente.
¡Perfidia de mujer! ¡Falacia loca
De la fé virginal que yo soñaba!
¡Era el ángel demonio, y en su boca
La hedionda iniquidad se desbordaba...!
¡Odio...! ¡Venganza...! Pensamiento mio,
Deten un punto el agitado vuelo...
Frío has de ser... ¡el ódio es siempre frio...!
¡Hielo mi corazon, mi brazo hielo...!
¡Oh! sí; si el mismo Dios pone en mis manos
El arma vengadora...!
Yo os daré á vuestro rey, napolitanos:
Fruto es de un crímen que con sangre llora
Mi destrozado corazon... mas ¡sea!
Vasallo fiel y amante escarnecido,
Yo haré que el mundo con asombro vea
Que al cumplir su deber, dejó cumplido
Su anhelo vengador don Juan de Urrea.

ESCENA IV.

D. JUAN.—EL REY.—DOS PAJES, que le preceden al salir de su cámara.

REY. (A los pajes.)
Que dé principio el torneo,
Y á don Juan que éntre.
UN PAJE. Aquí está.
D. JUAN (Adelantándose.)
Quien sirve al Rey, siempre va
Delante de su deseo. (Vánse los pajes.)
REY. Bien podeis decirlo vos,
Que sois de nobles dechado.
D. JUAN Para un caballero honrado,
Sobre el Rey sólo está Dios.
Y áun con serviros así
No pago vuestros favores,
Que hacienda, villas y honores
De vos, señor, recibí.
REY. Hablar así, don Juan, hoy
No podeis, por vida mia.

D. JUAN ¿Por qué?
REY. Porque todavía
En deuda con vos estoy.
D. JUAN U os entiendo, señor, mal:
O no entiendo mi deber
Cuando hago que podais ser
Deudor de un vasallo leal:
Pues no es de vasallo ley,
Aunque estime el galardon,
Cumplir con su obligacion
Dejando en deuda á su Rey.
REY. Mas debe seros notorio
Que al daros este collar (Dále el suyo.)
No os quiero recompensar
Un servicio obligatorio.
D. JUAN ¿Pues qué servicio si no...?
REY. ¡Alma noble y generosa!
Vuestra ficcion con mi esposa
Mosen Borra me explicó.
D. JUAN (Aparte.) ¡Ah!
REY. ¿Por ventura no evita
Una tempestad constante
En palacio quien amante
Finge ser de Margarita?
¿Y no he de premiarle?
D. JUAN (Aparte.) ¡Oh cielos,
Dadme aliento!
REY. Concebir
No podeis lo que es vivir
Espiado por los celos.
Y esto para mí os abona
El servicio que me haceis:
¿Qué es un collar...? Mereceis
La mitad de mi corona.
D. JUAN Gracias, señor... Me conmueve
Tan generosa bondad;
Mas—yo os lo pido—dejad
Que esa prenda real no lleve.
Ya darme esta daga os plugo,
Y harto premio es, á fé mia:
Esa otra prenda hoy sería,
Más que honor, pesado yugo.
REY. ¿Escaso el don os parece?

D. JUAN ¡Si es pago de un fútil dolo!
Quien sirve á la pátria, sólo
Honras como ésta merece.
Vuelva á vos. (Pone el collar al Rey.)
Por dicha tanta
Mi sangre toda vertiera,
Y yo he de hacer de manera
Que orneis con él mi garganta.

REY. ¡Ah! don Juan.

D. JUAN Ahora escuchad,
Que hablaros debo atrevido,
Ya que del Rey al oido
Nunca llega la verdad.
Disponed de mi cabeza,
Si el oir os causa enfado,
Que teneis al pueblo airado
Y revuelta á la nobleza.
Pues dicen que la amorosa
Locura os llegó á cegar
Y pensais en repudiar
A la Reina vuestra esposa;
Y añaden que tal estais
Con vuestra loca pasion,
Que hasta el cetro de Aragon
Para un bastardo guardais.

REY. ¡A mi fama tal mancilla!
Sólo hablar pueden así
La Reina celosa, y
Los agentes de Castilla.

D. JUAN ¿No sabeis que han insultado
A la de Hijar?

REY. ¡Esto más!

D. JUAN ¿Que vuestro hijo está quizás
Sériamente amenazado?

REY. ¡Mi hijo!

D. JUAN Silencio, señor;
Que una palabra imprudente
Puede traer sobre su frente
Algun rayo vengador.

REY. ¿Quién osára...?

D. JUAN No... es que oí
Decir á los que os motejan
Que amores de reyes dejan,

Huellas de sangre tras sí.

REY. Pues hablaré.

D. JUAN ¿Y al inquieto
Pueblo irritar os conviene
Cuando hoy vuestro hijo no tiene
Mejor guardian que el secreto?

REY. ¡Oh! No acierto á comprender
Vuestras palabras, don Juan.
¿Vos sospechais que osarán
Contra mi hijo?

D. JUAN Puede ser...
¿Teneis, señor, confianza
En mí?

REY. Como en mí.

D. JUAN Pues creo
Que hareis mal si en el torneo
Rompeis por... ella una lanza.
(Movimiento de oposicion en el Rey.)
Es buscar nueva querella
De vuestra fama en desdoro;
Si hay quien falta á su decoro,
Ya habrá quien lidie por ella.

REY. Y ¿quién...? ¿Vos...?

D. JUAN Por defenderos
Vertí mi sangre algun dia,
¡Quién sabe si todavía
Mi honra tendré que ofreceros!

REY. ¡Otro misterio!

D. JUAN ¿Que, en fin,
En la liza no entrareis?

REY. No, pues vos me prometeis
Que ella tendrá un paladin.
Mas advierto que la fama
De estos amores fingidos
Pudiera llegar á oidos
De vuestra dama...

D. JUAN ¡Mi dama!
No renoveis esta herida:
Ya no existe para mí
Aquella dama á quien dí
Todo el amor de mi vida.

REY. ¿Os olvidó?

D. JUAN ¡Me olvidó!

Ella mujer y yo ausente,
Miró un dia al sol de frente,
Y su lumbre la abrasó.

REY. Debe ser pena extremada
Para un hombre bien nacido
Verse burlado, vendido,
De una mujer adorada.

D. JUAN Y si esa mujer infame
Le vendió con tal esmero
Que el vendido caballero
Ni se queje, ni reclame;
Y si la burla es tan fina
Que él, por ser hombre de prez,
Tiene que besar tal vez
La mano que le asesina,
Entónces ¡ay! de tal suerte
El alma burlada vive,
Que ya, señor, no concibe
Mayor dicha que la muerte.

REY. Calmaos... Pero...
(Vivas y rumores dentro. La Reina llega por el fondo derecha.)

ESCENA V.

DICHOS.—LA REINA.

REY. Señora,
¿Qué voces?

REINA. Vítores son.

REY. ¿A vos?

REINA. A mí.

REY. ¿Y qué razon
Mueve ese estusiasmo ahora?

REINA. Ellos lo dirán. (Aparte.) Veremos
Quién de las dos puede más.

BORRA. (Dentro.)
Señores nobles, atrás.

VOZ. (Dentro.) Queremos verle.

COND. (Dentro.) Queremos
Que oiga.

BORRA. (Dentro.) Pues tened paciencia.
(Sale Mosen Borra.)

ESCENA VI.

DICHOS.—BORRA.

REY. Su audacia es por Dios notable.
¿Qué pasa?
BORRA. Que el Condestable
Con otros pide una audiencia.
REY. ¿A gritos?
BORRA. Es lo más llano.
Alguien habrá que les dé
Para gritar así pié,
Si es que no les da la mano.
(Aludiendo á la Reina.)
REINA. (Aparte.) ¡Insolente!
BORRA. En fin, señor,
¿Pasan?
REY. Que pasen.
BORRA. (A los nobles.) Pasemos,
Señores; ya al Rey tenemos
Cual gazapo en asador.

ESCENA VII.

DICHOS.—CONDESTABLE.—NOBLES

REY. ¿Por ver al Rey tal gritar
Y tan enorme fracaso?
¿Están los moros acaso
Cruzando el Guadalaviar?
COND. Perdonad...
BORRA. Señor, aposta
Mentais los moros aquí,
Porque tengo para mí
Que hay ya moros en la costa.
COND. La nobleza, en cuye nombre
Venimos...
BORRA. ¡Eh! poco á poco,
Que yo mi nobleza invoco
Para desmentir á ese hombre...
Nadie á mí me representa;
Y ménos que nadie vos,

Que no sabeis, vive Dios,
Ni áun hablar por vuestra cuenta.

COND. Señor, que calle el villano,
Ó...

BORRA. Muy bien. ¿Alarde haceis
De que en la lengua teneis
Más soltura que en la mano?

REY. ¡Ea! Basta.

BORRA. Y sobra; que hable
Quien más gusto que yo os diere. (Váse.)

REY. Veamos. ¿Qué es lo que quiere
La nobleza, Condestable?

COND. Nobleza y pueblo conspiran
Unidos, en vuestro abono,
Gran señor, porque en el Trono
Su propia libertad miran.
Y al venir hoy á los piés
De su Rey excelso, vienen
Sólo, señor, porque tienen
En serviros interés. (Pausa.)

REY. Seguid.

COND. Pues, segun es fama
Muy corriente en Aragon,
Tiene en vuestro corazon
Funesto influjo una dama.
Y de ese influjo al resguardo
Su ambicioso pensamiento
Ha concebido el intento
De coronar á un bastardo.

(Doña Margarita abre lentamente la puerta de su estancia, y se queda en el umbral escuchando, triste, pálida y abatida.)

Por eso, que grite ya
El pueblo no es maravilla:
«Si hubo un bastardo en Castilla,
En Aragon no le habrá.»

REY. ¡Vive Dios! ¿Y á tanto osais?

D. JUAN (Aparte al Rey.) Calma, señor, y sufrid
Por vuestro hijo.

REINA. (Aparte al Condestable.) Proseguid,
Condestable, y no temais.

REY, (Conteniéndose.) Seguid.

COND. Si del pueblo rehacio

Calmar la inquietud quereis,
Hay un medio: que arrojeis
A esa dama de palacio.

REY. ¿Habeis concluido?

D. JUAN (Adelantándose.) Aun no;
Falta que el nombre digais
De esa dama.

COND. ¿Lo ignorais?
Margarita de Hijar.

MARG. (Cayendo de rodillas.) ¡Oh!

D. JUAN ¡Ella!

REY. ¡Infeliz! ¡Oh! Ya es mengua
Sufrir más. Oid.

D. JUAN (Interrumpiéndole.) Señor,
No merece ese traidor
Que vos le arranqueis la lengua.
(Al Condestable.)
El que á una mujer infama,
Y á su Rey falta al respeto,
Es un vil, y yo le reto
Por mi Rey y por mi dama.
(Movimiento de sorpresa.)
Sí: por mi dama, señores;
Y áun puesto que no lo fuera
Por dama la defendiera
De sus ruines detractores.

REY. Gracias, don Juan.

REINA. (Aparte.) ¡Qué arrogante
Desafía mi venganza!

D. JUAN Condestable, ¿teneis lanza
Que romper? Ahí va mi guante. (Lo arroja.)

COND. Al punto, don Juan. (Lo recoge.)

MARG. (Como volviendo de un letargo.) ¡Dios mio!
¿Que esto llegue yo á escuchar?
¿Vos ante el pueblo lidiar
Por mi honor en desafío?
No, no es verdad lo que oí...

REINA. Con harta razon se pasma.

MARG. ¿Qué sarcástico fantasma
Se está burlando de mí?

REINA. Calmad vuestro paroxismo;
Que ese fantasma nefando
Si de alguien se está burlando,

No es de vos, es de sí mismo.
D. JUAN ¡Señora!
REINA. ¡Qué! ¿No es verdad?
Famoso cómplice haceis
Vos, que hasta el honor vendeis,
Con máscara de lealtad.
REY. ¡Basta!
REINA. Perdonad si yo
Que no ha de ser considero
De esta dama caballero
Quien su mano despreció.
D. JUAN Sois implacable, señora.
REINA. Pues don Juan, ¿no lo he de ser,
Cuando esposo os dejé ayer,
Y os hallo galan ahora?
D. JUAN Es decir...
REINA. Que sólo creo
Lo que veo.
D. JUAN Pues vereis
Claro pronto, y creereis.
REINA. ¿Cuándo? (Como en tono de burla.)
D. JUAN Despues del torneo.
(Suenan clarines dentro.)
Condestable, el clarin suena.
COND. Os aguardo.
REY. Id.
(Vánse el Condestable y los nobles.)
REINA. Y yo voy
A alhajarme, que quiero hoy
Veros lucir en la arena. (Váse á su cámara.)

ESCENA VII.

D. JUAN.—EL REY.—MARGARITA.

REY. Ellos no son; ella sola
Es la chispa de este fuego;
Ella el público sosiego
A su ruin pasion inmola.
(A D. Juan, que hace ademan de marcharse.
¿A dónde vais?
D. JUAN A vestir

Mis armas.

REY. No, que es razon,
Don Juan, que en esta ocasion
Las mias debais ceñir.
(A Margarita.)
Pero ántes id y besad
Su noble mano.

D. JUAN (Con un gesto de repulsion.)
¡Oh!

MARG. (Viéndolo.) No puedo.

REY. ¿Por qué?

MARG. Porque tengo miedo
De su generosidad.
(Váse D. Juan hácia la cámara del Rey.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.—EL REY.

REY. Él con misterio me habló,
Vos con misterio ahora hablais;
Luego cierto algo tratais
Que no puedo saber yo.
¿Oís? (Impaciente.)

MARG. ¡Ah!... Me hablábais... Sí:
Vos no podeis entender
Que me niegue á agradecer
Lo que ese hombre hace por mí.
Pues bien; sabedlo, señor,
Que el callar fuera hoy mancilla;
Sabed por qué más me humilla
Quien me defiende mejor.
La voz que en vuestra presencia
Por mi honor se alzó aquí ahora,
Es la voz acusadora
De mi implacable conciencia.

REY. No extrañes que lo profundo
De tal misterio me asombre.

MARG. Don Juan es el único hombre
Que he ultrajado en este mundo.

REY. ¡Tú!

MARG. Yo, sí; yo le ultrajé.
Ved cómo el ultraje paga.

REY. ¿Mas cuándo?
MARG. En la hora aciaga
En que á otro amor me entregué.
REY. ¡Ah! ¡Qué escucho!
MARG. ¿Vais quizá
El misterio comprendiendo?
REY. Dígate si lo comprendo
La vergüenza que me da.
¡Tú su amada...! Y yo que aquí
Le pregunté...
MARG. Yo, señor,
Yo llené su alma de amor,
Y yo ingrata le vendí.
¡Ah! Ya en la edad en que apenas
La inquieta niñez acaba,
Él sus penas me contaba,
Yo le contaba mis penas.
Brisas perfumadas, llenas
De misteriosos murmullos,
Los virginales arrullos
Del primer amor fingieron,
Y nuestras almas se abrieron
Como dos tiernos capullos.
Libre nuestro amor de abrojos
De la inocencia al reflejo,
Sus ojos eran mi espejo,
Y eran su espejo mis ojos.
Jamás ni celos ni enojos
Turbaron nuestra alegría,
Y el fulgor de eterno dia
Tal nuestra dicha alumbraba,
Que el mundo nos envidiaba
Y el cielo nos sonreia.
Dulce así, y fascinadora
Nuestra ilusion, vió surgir
Coronado el porvenir
Con los rayos de la aurora.
Mas ¡oh dicha engañadora!
¡Qué breves son tus momentos!
Por los bélicos acentos
Pronto fueron ¡ay! trocadas
En gemidos las miradas,
Las sonrisas en lamentos.

A la guerra don Juan fué,
Mas su vida me dejó;
Él ni un punto me olvidó;
Yo ¡qué presto le olvidé!
A vos, ¡oh Rey! me entregué
De orgullo y de amor perdida,
Y hoy el alma siento herida
Por el rigor de la suerte,
Al ver que halla en mí la muerte
Quien en mí dejó su vida. (Pausa.)

REY. Sí; y el destino inhumano
Que á mí te entregó, ha querido
Que aquel á quien he ofendido
Tenga que besar mi mano.
Mas, por Dios, no será así;
Lidiar él fuera vileza;
Y aunque el pueblo y la nobleza
Se revuelvan contra mí;
Y aunque su sed de venganza
Quiera la Reina saciar,
Yo en la liza he de mostrar
Cómo se rompe una lanza.

MARG. ¿Por mí?

REY. Por tí: y esa grey
Insolente que te infama,
Sabrá que tú eres mi dama,
Y que has dado un hijo al Rey.

MARG. ¡Jesus! (Aterrada.)

REY. ¿Quieren apagar
De mi poder los destellos?
Pues ante el Rey todos ellos
Su rodilla han de doblar.

MARG. Estais ciego, y yo os exijo
Que ahogueis vuestro enojo.

REY. ¡No!

MARG. ¡Mirad que os lo pido yo
Por la vida de nuestro hijo!

REY. ¡Su vida! Yo he de guardarla
De sus sacrílegas manos.
¿Tienen quizá esos villanos
Cabezas con que pagarla?

MARG. Si ellos...

REY. ¡Basta! Esto ha de ser.

MARG. Mirad...

REY. Veremos quién osa...

MARG. Si es la Reina, vuestra esposa,
Quien lo tiene en su poder.

REY. (Estupefacto.)
¡La Reina!

MARG. ¡Sí...!

REY. ¿Y cómo fué...?
¿Quién lo entregó?

MARG. Nuestra suerte.

REY. ¡La Reina...! ¡Oh! Le dará muerte...
Pero ántes yo mataré...

REINA. (Saliendo.)
¡Señor!

REY.
MARG. } ¡Ah!

ESCENA IX.

MARGARITA.—REY.—REINA.

MARG. (Aparte aterrada.) ¡Dios poderoso!
¿Si habrá oido...?

REY. (Aparte.) ¡Si ha escuchado!

(La Reina, aparentando una gran indiferencia, se acerca al balcon, y el pueblo la saluda con aplausos.)

REINA. Mirad: ya el pueblo saluda
Con frenéticos aplausos
El comienzo de la fiesta:
Venid, Señor, asomaos.

(El Rey se acerca al balcon, y dice á la Reina en voz baja, pero enérgica:)

REY. Sois una hiena.

REINA. (Como ofendida sin saber por qué.)
¿A mí vos
Tal ultraje?

REY. ¿Habeis osado...?

MARG. (Que ha seguido afanosamente el movimiento del Rey, dice con ansiedad febril:)
Señor... há poco la fiebre
Os estaba devorando...
A la Reina.)

Haced vos que se retire...

REINA. ¿Enfermo estais?

MARG. (Aparte al Rey.) Retiraos.

REY. (Idem á ella.)

¡No!

MARG. (Idem.) ¡Por mí!

REY. (Idem.) ¡No!

MARG. (Idem.) ¡Por nuestro hijo,

Que estais, cruel, asesinando!

REINA. (Al Rey.) Se os conoce la dolencia,

Es verdad; febril y pálido

Revela ese rostro abismos

De angustias y sobresaltos.

REY. ¿Entendeis vos de estas cosas?

(Aparte.) ¿Cómo no la ahogan mis brazos?

REINA. No se entiende la tormenta,

Pero se adivina acaso.

REY. (Con furor.) ¿Y adivinais?

REINA. Que la fiebre

El pecho os está abrasando,

Que os consume las entrañas,

Y que el delirio ha empezado.

REY. (Con imperio.) Basta ya.

MARG. (Aparte.) ¡Vírgen María!

¡Dadle luz y dadme amparo!

REY. (A la Reina con acento agitado y terrible.)

Soy el Rey: odioso crímen

se ha cometido en palacio...

El hijo de una gran dama

Algun traidor ha robado...

¡Oid! Si dentro de una hora

No está el niño en ese cuarto,

(Por el de doña Margarita.)

El traidor, aunque se oculte,

Y quien serlo le ha ordenado,

¡Por el Dios que me está oyendo!

Mueren los dos á mis manos. (Váse.)

ESCENA X.

MARGARITA.—LA REINA.

(La Reina, impasible y rígida, quédase cruzada de brazos, contemplando al Rey que se va, y luego á doña Margarita, que con indecible angustia la observa, pidiéndole misericordia con los ojos.)

MARG. ¡Por mi salvacion eterna!
¡No hagais caso... no hagais caso...!
REINA. (Con acento sombrío.)
¡Los dos!
MARG. ¿Y pensais, señora,
Que el Rey se atreviera á tanto?
REINA. ¡Matarme!
MARG. A su arma homicida
Mi cuerpo cerrára el paso
Si á vos llegar intentase.
REINA. (Con ira.) Vuestro cuerpo deshonrado
No puede ser ni áun escudo
De quien su honor guarda intacto.
MARG. Aplastadle, pues, señora;
Haced mi rostro pedazos;
Matadme, si á tanto llega
La ardiente sed de vengaros;
¡Mas que el hijo de mi vida
Vuelva, señora, á mis brazos!
REINA. (Paseándose con agitacion mal comprimida.)
¡Vuestro hijo!
MARG. (Siguiendo con ansiedad los movimientos de la Reina.) ¡Mi hijo!
REINA. (Aparte.) No hay duda...
Don Juan la ódia, y despechado
Sólo por vengar anhela
De su amor el vil escarnio.
MARG. Hablad, señora: ¿no veis
Que la duda me está ahogando?
¡Dadme sólo una esperanza!
REINA. ¿Y á mí vos qué me habeis dado?
Para el corazon veneno
Y para los ojos llanto.

MARG. Pues bien, aceptad mi vida
Que os ofrezco en holocausto:
Pero la de ese inocente...
RIENA. Vuestra será... (Con resolucion.)
MARG. (Con regocijo.) ¡Ah!
REINA. Vuestra: en cambio...
MARG. Seguid; todo será poco
Cuanto pidais.
REINA. Acercaos.
(La Reina acerca al balcon á doña Margarita y le señala el campo del torneo.)
¡Mirad!
MARG. ¡Don Juan!
REINA. En la arena,
Por vuestro honor ha lidiado
Y ha vencido.
MARG. (Con duda y sobresalto.) Sí... lo veo...
REINA. ¡Sed suya!
MARG. ¡Jesús!
REINA. (Con sarcasmo.) ¿Qué espanto
Os perturba...? Si él os ama
Como en sus primeros años;
Si vos tambien, Margarita,
Le habeis con delirio amado;
Si en sus ojos os mirásteis; (Recalcando.)
Si eran los vuestros su encanto...
MARG. (Cayendo de rodillas en el colmo del terror.)
¡Misericordia divina!
¡Todo lo habeis escuchado...!
REINA. (Sonriendo siniestramente.)
¡Todo!
MARG. ¡Piedad!
REINA. Así os quiero:
De rodillas y temblando;
Así quiere la justicia.
Ver al crímen... prosternado!
MARG. ¡Piedad!
REINA. ¿De mí la tuvísteis?
Pedidla á Dios; pero en vano
La esperais del corazon
Que vos habeis desgarrado.
MARG. ¡Señora! (Levantándose.)
REINA. Basta. Ya oísteis

Mi condicion.

MARG. ¡Yo infamarlo!

RENA. El sabrá lavar su infamia,
Estad segura... un prelado
Vendrá á mi cámara al punto...
Resolveos, ú hoy desato
La ira del pueblo, y entónces,
¡Ay de vos! ¡Ay del bastardo!

MARG. ¿Y al Rey no temeis?

REINA. Contra él
Nobleza y pueblo levanto
A una señal... No le temo;
Mas tema él á sus vasallos.

MARG. (Con desesperacion.)
¡Sois mi castigo!

REINA. ¡Acabad...!

MARG. ¡Vuestra es mi vida!

(D. Juan y algunos caballeros aparecen en el fondo. D. Juan los despide en la puerta, y avanza él sólo.)

REINA. Calmaos,
Que llegan.—Cierro.
(Cierra la puerta del Rey.)

ESCENA XI

DICHOS.—D. JUAN.

MARG. (Aparte.) ¡Ah! Me espanta
Hasta el rumor de mi aliento,
Y temblar la tierra siento
Y abrirse bajo mi planta.

D. JUAN Del que osado os ofendió
La espada á esos piés mirad.

MARG. Mas que yo bese dejad
Los piés del que le venció.

D. JUAN Mayor galardon pretende
Quien arriesga vida y fama
Porque á su Rey y á su dama
En campo abierto defiende.

REINA. Y es justo que el galardon
Vaya del esfuerzo al par.

MARG. ¿Basta, señora, con dar

La vida y el corazon?

REINA. Perdonad que el juicio esquive
Sobre este asunto; á mi ver,
Sólo aquí el juez puede ser
Quien el galardon recibe.
(A D. Juan.)
¿Os satisface?

D. JUAN Es en vano
Que hacer querais la deshecha:
Vos no estareis satisfecha
Hasta que le dé mi mano.

REINA. Por fuerza sois hechicero,
Que así en mi mente leeis.

D. JUAN Mas qué. señora, ¿creeis
Que se atreva un caballero
Honor y vida á arriesgar,
Como arriesgado hélos yo,
Por una dama á quien no
Pueda su esposa llamar?
Esa nobleza liviana
Que os sirve á vos, aquí ha oido
Que yo mi honor he vendido
Por una vil cortesana...
Vos lo dijísteis, señora.

REINA. Así lo pensé.

D. JUAN Y aún veo
Que tal vez dudais. Mas creo
Que no dudareis ahora.
(Se acerca á Margarita lentamente, y le dice con solemnidad lo que sigue, miéntras la Reina los observa con vivísima atencion.)
Margarita, ¿no es verdad
Que, esclavo de tu hermosura,
Te amó don Juan con ternura
Desde su primera edad?

MARG. Es verdad.

D. JUAN ¿Que tú le oiste
Con el alma enajenada
Y como él enamorada
El alma entera le diste?

MARG. Es verdad.

D. JUAN ¿Verdad que un dia
Tu buen padre moribundo

Quiso dejar en el mundo
Unidas su honra y la mia,
Y antes que el postrer aliento
Exhalase: «Jura, dijo,
Que tú serás como mi hijo.»
Y que presté el juramento?

MARG. Es verdad.

D. JUAN ¿Verdad que ansioso
De emocion el pobre anciano
Unió mi mano á tu mano
Diciéndome: «Sé su esposo
Cuando la guerra concluya;
Sola queda; tú serás
Su único apoyo y harás
Que sea su honra la tuya?»

MARG. Es verdad.

D. JUAN Pues el momento
Y la ocasion han llegado.
¿Verdad que estoy obligado
A cumplir mi juramento?

MARG. (Con febril energía.)
¡Verdad, sí...! Y yo tambien hoy
Veré mi dicha cumplida,
Pues con mi mano, mi vida,
Mi vida, don Juan, te doy.

REINA. Esto anhelaba yo ver,

MARG. ¿Estais satisfecha?

REINA. Aún no.

MARG. ¿Qué os falta?

REINA. Falta que yo
Cumpla ahora con mi deber.
¡A mi cámara!

D. JUAN Marchemos.
(Aparte á Margarita.)
¿Me adivinaste?

MARG. (Idem á él.) Quizás.

D. JUAN (Idem.) Margarita... ¿temblarás?

MARG. (Idem.) Don Juan... ¡á mi hijo salvemos!

(Vánse á la cámara de la Reina. Esta los acompaña hasta la puerta, y desde allí se vuelve.)

ESCENA XII.

LA REINA.—Luégo FERNAN.

REINA. ¡No me ha engañado el corazon...! Ahora
Las órdenes del Rey cumpla la Reina...
Venga tu hijo á esa estancia, infiel esposo.
Fernan abajo mi señal espera
Para herir... ¡No herirá!
(Va á la puerta secreta, la abre y da con el puño de una pequeña daga tres golpes en el muro. Al poco rato aparece Fernan.)
(A Fernan.) Me has entendido.
Al corredor secreto da la vuelta:
Penetra en esa estancia, y pon la cuna
Junto al velado umbral de aquella puerta.
(Señalándole la de doña Margarita.)

FERN. Bien está, gran señora.

REINA. Vete al punto.
(Váse por la misma puerta secreta. La Reina se acerca á la de su cámara.)
Dió fin la ceremonia... y aquí llegan.
Observarlos me importa. ¿Y si él temblase...?
Pero la Reina de Aragon no tiembla.
(Ocúltase en el cuarto de doña Margarita.)

ESCENA XIII Y ULTIMA.

D. JUAN.—MARGARITA.—LA REINA oculta, y al fin EL REY.

MARG. (Al salir de la cámara está á punto de desvanecerse.)
Amparadme... que no puedo
Tenerme, don Juan, en pié...
¿Es verdad? ¿Es sueño?

D. JUAN ¡Qué!
¿Acaso os perturba el miedo?

MARG. ¡Miedo! ¿A morir? ¡Oh! ¡Jamás!
De la Reina al ódio impío...
Que vea yo al hijo mio,

¿Y qué importa lo demás?
D. JUAN La Reina nos lo ofreció,
¿Y dudais?
MARG. Me odia... Es celosa...
D. JUAN (Con ironía.) ¿Celos ella de mi esposa,
Cuando no los tengo yo?
MARG. ¡Callad, don Juan; sois cruel!
D. JUAN Y vos de piedad dechado,
¿No es cierto?
MARG. ¡Si os he entregado
Hasta mi vida por él,
Por mi hijo...! ¡Si sólo exijo
Verle un momento y morir!
D. JUAN (Viendo la cuna, en el umbral del cuarto de doña Margarita.)
¡Mirad! Plugo á Dios oir
Vuestro voto.
MARG. (Viéndole.) ¡Mi hijo!... ¡Hijo!
(Se arroja sobre la cuna y besa al niño con frenesí.—Pausa.)
D. JUAN Don Alonso de Aragon
Hoy recibe por mi mano
Del reino napolitano
El espléndido floron.
Como vasallo cumplí;
Y aunque esto á mi ódio no cuadre,
Tambien cumplo á vuestro padre
La palabra que le dí.
¡Todo al fin se consumó!
¡Acabad...! Mi hora ha pasado,
Y ya la vuestra ha sonado
En el eterno reló.
(Pone la daga sobre la mesa y cierra las puertas.)
MARG. ¡La expiacion...! ¡Es verdad!
Y pues mi vida deshonra
Y empeñé vida por honra,
¡Debo morir!
D. JUAN ¡Acabad!
MARG. (Vacila y se dirige á su hijo.)
¡Hijo mio! No es la muerte
Lo que á tu madre intimida:
Mas ¡ay! que el perder la vida

Es el dolor de perderte...
¡Adios...! ¡El adios postrero...!
(A D. Juan, ofreciéndole su propia daga.)
¡Héme aquí...! ¡Hiere!

D. JUAN ¡Yo! No:
El pecho que me vendió
Que rasgue tu mano quiero.

MARG. ¡Mi mano!

D. JUAN Con ella el yugo
Sacude de tu existencia.
Yo soy tu propia conciencia,
Mas no he de ser tu verdugo.

MARG. ¡Oh monstruo! ¡Labrando estás
Mi eterna condenacion...!
No; de mi cuerpo dispon,
Pero de mi alma... ¡jamás!

D. JUAN (Turbado.) ¡Margarita!

MARG. Te estremeces...
¡Tu voz tiembla!

D. JUAN (Apoderándose febrilmente de la daga.)
Mas la mano
No me ha de temblar.

MARG. En vano
Tu noble frente oscureces.
Confiésalo sin rubor;
¡Si en ella veo grabados
Los recuerdos perfumados
Con la esencia del amor!

D. JUAN ¡Calla!

MARG. Oyeme.

D. JUAN ¿Por ventura
Esas memorias de ayer
Pudieran reverdecer
Al pié de tu sepultura?

MARG. Hoy con nueva lozanía
Brotando en tu pecho están.
Deja que sean, don Juan,
Consuelo de mi agonía.

D. JUAN ¿Las fibras quieres herir
De mi leal corazon?

MARG. Quiero, don Juan, tu perdon.

D. JUAN ¡Mi perdon!

MARG. Para morir.

D. JUAN (Amenazándola.)
¡Invoca de Dios el nombre,
Y muere!
MARG. Él, al castigar,
Sabe tambien perdonar.
D. JUAN Él es Dios, y yo soy hombre.
MARG. Su instrumento eres matando,
Si la justicia te abona.
D. JUAN Mas no mata quien perdona.
MARG. Mata mejor perdonando.
D. JUAN ¡Oh lucha! ¡Oh cobarde anhelo!
MARG. ¡Perdon! (De rodillas.)
D. JUAN Si no cabe encono...
Margarita... ¡te perdono...!
MARG. ¡Don Juan!
REY. (Golpeando la puerta.—Dentro.)
¡Abrid!
D. JUAN ¡Santo cielo!
MARG. ¡El Rey! (Aterrada.)
REY. (Más fuerte.) ¡Abrid!
D. JUAN ¡Duda cruel!
¡Tu amante...! ¡Y él aquí viene!
REINA. (Apareciendo en la puerta de la estancia de Margarita, con un puñal levantado sobre la cuna.)
¿Qué es lo que el brazo os detiene,
Miserable...? ¡O ella, ó él!
MARG. (En el colmo del terror quiere abalanzarse sobre la Reina; pero sólo puede gritar:)
¡Jesus!
D. JUAN (Medio loco, se dirige, puñal en mano, contra la Reina, diciendo:)
¡Oh infamia!
REINA (A punto de dejar caer el brazo sobre el niño.)
¡Traidor!
MARG. (Al ver el gesto de la Reina, se interpone entre ella y D. Juan, coge la mano con que éste empuña la daga, y se la dirige sobre su propio pecho diciendo:)
¡Aquí... tu puñal... aquí! (Se hiere.)
(Al caer.) ¡Y tenga piedad de mí
El Eterno vengador...! (Cae muerta.)
D. JUAN (Aterrado.) ¡Ah!

REY. (Forcejeando ha roto los pestillos de la puerta, y entra cuando cae casi á sus piés Margarita.)
¡Dios clemente...! ¿Qué osado
Mi amor así ha escarnecido?

REINA. (Señalando la cuna.)
Quien vuestra órden ha cumplido.

D. JUAN ¡Quien todo un reino os ha dado...!
Quien de honor ante la ley
Dócil os paga tributo;
Quien aquí recoge el fruto
De las flaquezas de un Rey.

(El Rey arrodillado ante el cadáver de Margarita. La Reina cruzada de brazos á la izquierda. D. Juan en medio. La luz crepuscular, penetrando por el balcon, ilumina el cuadro. Cae el telon lentamente.)

FIN DEL DRAMA.

Oblígame un deber de gratitud á manifestar que, sin el fraternal interés con que mi antiguo y queridísimo amigo el insigne poeta Márcos Zapata acogió esta obra, no hubiera logrado quizá el honor de la representacion; y añado que, áun para lograr esto al fin de la temporada, fué menester que la distinguida primera actriz señora Marin aceptase el drama para su beneficio.

Quede, pues, aquí consignado el testimonio de mi profundo agradecimiento al Sr. Zapata y á la señora Marin, de quienes me declaro deudor perpétuo de inmerecidos favores.

V. Gomez.